

EL TRINO DEL DIABLO

Daniel Moyano

EL TRINO DEL DIABLO

**Daniel Moyano**

**EL TRINO DEL DIABLO**

**(1987)**

#### ACLARACION

*El texto de esta novela no coincide con el de las ediciones anteriores en Argentina (1975) y Cuba (1987), ni con las traducciones inglesa y francesa.*

*Esta es una segunda versión, escrita en España en 1987, que trata de los mismos hechos pero con una escritura diferente.*

D.M

Madrid, octubre de 1988.

## SOBRE EL ARTE DE FUNDAR CIUDADES

Allí en el lejano Cono Sur, en mayo de 1591, el logroffés Juan Ramírez de Velasco, Alférez General de la Gobernación, tras consultar unos complicados mapas y los informes verbales de sus topógrafos, exclamó ante sus soldados, señalando desde lo alto de su caballo hacia un enorme cerro azul:

-Hemos aquí ante las entrañas mismas del oro y de la plata, a cuyo pie fundaremos la "Ciudad de todos los Santos de la Nueva Rioja".

Sin pérdida de tiempo ordenó desmontar el bosque circundante para dar paso a la futura Plaza Mayor de la ciudad, en cuyo centro, cuando todavía no habían acabado de recoger los troncos y las ramas de los árboles caídos, ya estaba Ramírez izando el estandarte real diciendo "España" repetidamente, ya iba con pasos de danza dando golpes de mandoble en esos aires vírgenes a diestra y a siniestra, ya ordenaba que el padre Francisco improvisase un altar para la primera misa, ya estaba señalando con sus pasos el cuadrado de la plaza, cortando hierbas y diseñando la jurisdicción o plantando la horca de la futura justicia, ya estampando su rúbrica al pie del acta redactada por el notario, ya

atronando el aire con los estampidos de los arcabuces para comunicarle a los indios, escondidos tras las piedras mirando asombrados la extraña ceremonia, que era muy peligroso oponerse a la fundación que acababa de consumarse.

-Agua, traedme agua, tengo mucha sed -dijo acabando de fundar la nueva Rioja, sudoroso, aflojándose la armadura, con una sensación térmica de unos 45 grados a la sombra.

-Ya hemos estado buscando el río que dice el mapa, y no le hemos encontrado.

-Buscad bien. Debe de estar un poco más abajo.

-Pues más abajo hay cada vez más cactus, y luego una llanura pelada e infinita, y después nada, línea de horizonte, ni siquiera indios.

-Seguid buscando. Si los mapas dicen que hay un río, así será. Acaso se trate de un lecho subterráneo, en cuyo caso cavaréis.

Los topógrafos, preocupados, estudiaron sus planos, se consultaron en secreto y tras una breve discusión informaron al fundador:

-Parece, señor, que nos hemos equivocado malamente. Acabamos de medir y caemos en la cuenta de que el lugar señalado para la fundación dista todavía, desde aquí mismo, digamos que unas doscientas leguas hacia el rumbo norte. Conque os aconsejamos que desfundemos lo fundado y reemprendamos la marcha. Buscando ese dichoso río inexistente hemos visto, a la parte de la montaña, muchos indios escondidos, con no sabemos qué oscuras intenciones.

-¿Desfundar la ciudad? ¿Anular unas actas rubricadas y selladas en nombre del Rey? De eso, nada -dijo iracundo el escribano-, Sería un delito de lesa majestad.

La discusión entre los topógrafos y el notario fue subiendo de tono, en tanto el padre Francisco, frágil y dulce, apagaba las velas litúrgicas y desarmaba el altar, Ramírez de Velasco callaba, trazando rayas en el polvo con la punta de su bota, mientras oía atentamente cuanto decían sus subordinados.

Habló entonces muy preocupado el asesor en futurología, prediciendo sequías y pestes apocalípticas, plagas diversas y otros males desconocidos que no por carecer de nombre dejarían de manifestarse. En la novísima ciudad, por su curiosa situación geográfica, no sólo sería muy difícil el acceso; salir de ella parecía, de entrada, una dificultad tremendamente complicada, ya que estaba lejos de todo, incluso de los puntos cardinales. Y dentro de ese esquema, su pobreza sería perenne.

-Buena la habéis hecho -dijo Ramírez agarrándose la cabeza-, Vaya birria de fundación, vaya chapuza.

Cuando todos menos el fundador dijeron estar de acuerdo con el futurólogo y los topógrafos, el padre Francisco, que además era músico, dirigiéndose especialmente a Ramírez de Velasco, y buscando un tono de voz adecuado a las difíciles circunstancias, fue a decir lo siguiente:

-Señores míos, no es bueno tornar los ojos hacia la desesperanza. Persistamos en nuestros propósitos y dejemos

que otros con más suerte y tino que nosotros funden ciudades más feraces y por tanto más feroces, desde que la riqueza y la violencia de consuno andan juntas. Nuestra Rioja será pobre, pero sus habitantes, hombres en devenir, serán la reserva espiritual, el refugio de los justos, el paraíso de los metafísicos; y tanta carencia como decís será suplantada por la Esperanza, que es una virtud teologal. Y todo ello para mayor gloria de Dios y también de nuestro Rey.

Así hablaba, pero lo que decía no era el producto de sus pensamientos sino el resultado de dejarse llevar por el ritmo y el sonido de las palabras y sus excitantes relaciones imprevistas.

El fundador, que sin captar los sonidos se atuvo a los supuestos pensamientos, dejando de vacilar y de raspar el suelo con la punta de la bota ordenó al notario añadir en el acta de fundación: "Otrosí digo, que toda persona que bajo este cielo naciere sea debidamente indemnizada por el Rey".

-Lástima de Rioja -dijo Ramírez vertiendo una lágrima fundacional cuando el notario terminó de redactar la enmienda-; lástima de tierra castigada y asimismo olvidada, Padre Francisco, ¿por qué no tocáis algo que alegre nuestros espíritus?

El curita, futuro San Francisco Solano, desenfundó un violín que llevaba prendido a la sotana.

-Pero qué es eso -dijo Ramírez sorprendido-; ¿qué habéis hecho, pardiez, con vuestra vihuela?

-Es un nuevo instrumento italiano, llamado *violino*, que está ahora mismo difundiéndose por Europa y España. Viene a sustituir, con más recursos, a la vihuela de arco, que era el instrumento que tañía yo. Y ahora os haré escuchar, si os parece, unas vacas y folías.

Aprovechando la distracción y el crepúsculo vespertino, unos dos mil indios, pintados para la guerra, se habían ido acercando a la Plaza Mayor de la ciudad naciente, embadurnando mientras tanto las puntas de sus flechas y sus lanzas con rapidísimos venenos. Pero al oír los singulares sonidos de tan curioso tañedor, se detuvieron vacilantes. ¿Era posible tañer de esa manera? ¿Y quién tañía?

Tras las folías vinieron tientos y pavanas que transportaron a los soldados hacia unas fantásticas visiones del futuro, donde veían erguirse las torres, rematadas en agujas, de los nuevos Ayuntamientos; las cúpulas de unas maravillosas catedrales; y puentes sobre ríos tibios, y ubérrimos sembradíos, todo temblando entre las dulces borrosidades del deseo.

Cuando finalmente abordó el kirie de la misa de Cristóbal de Morales, los fundadores se hundieron en percepciones místicas y, dormidos, siguieron soñando con las cadenciosas ciudades del futuro.

Al acabar de tañer, Francisco Solano volvió los ojos hacia un murmullo multitudinario. Y vio que los dos mil indios, rompiendo sus flechas, completamente sometidos, lagrimeaban arrodillados y con señas le pedían que siguiera



tocando por favor, le preguntaban de dónde había sacado esa música increíble.

El músico sonrió como preocupado, pensando que no podría explicarles, al menos por ahora, ni el contenido de los "Tres libros de cifras para vihuela", de Alonso de Mudarra, ni el de los "Seys libros del Delphin", de Luys de Narbaez, ni las bellezas de la "Orphenica Lyra", del ciego Miguel de Fuenllana, ni, muchos menos, las maravillas que contenía la "Silva de sirenas" de Henríquez de Valderrábano. Sólo atinó a bendecirlos, tras lo cual, dirigiéndose al asombrado Ramírez de Velasco, dijo dulcemente:

-He aquí una amable caza,

Desde su fundación hasta una desesperante situación reciente, la Ciudad de Todos los Santos de la Nueva Rioja fue regida más bien por el azar, que la salvó de males acaso mayores.

Al azar de su geografía se sumó el de su historia, incluso el de alguna de su gente, como es el caso de Triclinio, un azar violinístico - biológico nacido y criado en aquellas soledades del Cono Sur fantástico y lejano.

## BIOGRAFIAS

Los padres de Triclinio sobrevivieron gracias a la existencia de una vaca que los protegió hasta que los ferrocarriles ingleses, por accidente, acabaron con ella. Luego encontraron una cabra enferma, la curaron y con ella amamantaron a casi todos sus hijos, hasta que la cabra murió de vieja. Entonces el progenitor meditó profundamente, miró el desierto que lo rodeaba y pensó que tendría que desarrollar algún mecanismo de subsistencia.

Dispuesto ya a aceptar cambios rotundos, incluso alguna modificación sustancial en su propio organismo con tal de sobrevivir, vio dos insectos que pasaban volando, desorientados en busca de un imposible nido donde iniciar sus actividades primaverales. El viejo les tendió un lecho de madera, donde se instaló, con la pareja, la primera colmena. Al año siguiente estaba mandando miel a Buenos Aires, y desde allí seguramente a Londres o a Rotterdam.

A cambio de la miel, recibía en pago grandes cantidades de revistas viejas, con hermosas historietas y tapas en colores. Una parte las canjeaba por comida, otras las leía. La lectura le permitió viajar con la imaginación por los

países más apetecibles del mundo, aprender algo de historia y mejorar sus colmenas.

Pero las abejas tenían que ir cada vez más lejos en busca de las flores necesarias, y habiendo ya agotado las de San Juan y Catamarca, provincias vecinas, enflaquecieron hasta la transparencia. ¿Qué haremos si ellas emigran obligadas por el hambre? Este chico todavía no sabe hacer nada, y está cada día más flaco el pobrecito, pensaba el viejo observando la tendencia manifiesta de su inquieto ganado.

Los hermanos mayores de Triclinio sabían ordeñar, trenzar cueros, capar toros, cabalgar y otras actividades semejantes. Aprendieron a hacerlo aconsejados por el gobierno provincial, que tras una prueba de suficiencia les permitió inscribirse en una lista de espera para ocupar cargos en sus especialidades el día que la ganadería se desarrollase en la provincia. Mientras tanto, para que no perdiesen la habilidad, se les permitía practicar ordeño, una vez por semana, en la vaca del gobernador.

Los hijos mayores, pues, tenían el futuro asegurado, siempre que hubiese futuro, se comprende. ¿Pero qué pasaría con Triclinio, cada día más flaco y distraído?

Entre las revistas venidas de Buenos Aires apareció una que introdujo una inquietud en la imaginación del viejo. Hablaba de Paganini, que en Londres llenó su violín de monedas de oro, y por si eso fuera poco compartió el lecho con una hermana de Napoleón. Triclinio era tan flaco como

los dibujos que representaban al diabólico instrumentista, incluso se le parecía. Además, si tocar violín era tan difícil como decía la revista, el que lograra dominarlo sería bien pagado.

El deseo de que Triclinio fuese como el violinista italiano ocupó prácticamente toda la deseabilidad del viejo. Pero sabiendo que allí no había nadie capaz de enseñarle, lo consideraba un sueño. En las interminables noches del verano, cuando la familia entera esperaba afuera, cerca del olivo, que por fin corriese alguna brisa fresca, recordando un pasaje de la infancia de Paganini entrevista en la historieta le pedía a su hijo menor que levantase una mano y estirase los dedos contra la luna. A contraluz, negra y larguísima, la mano de Triclinio esperaba un violín. El viejo se deleitaba entonces mirando en esos dedos un montón de notas, que dormían a la manera de las del arpa de Gustavo Adolfo Becquer, cuya biografía también había leído en las revistas.

Deseoso de corporizar de alguna manera ese sueño, una de esas noches, sentado al borde de la acequia, llamó a Triclinio y le contó la vida de Paganini. La técnica desarrollada por el genio lo convertía en uno de los hombres mejor pagados de Europa. La reina de Inglaterra se arrodillaba ante él, mientras la hermana de Napoleón, toda llorosa por sus desdenes, se arrastraba detrás del músico suplicándole un poco de atención extra violinística. Habiendo ganado todo el dinero del mundo, lo arrojó al

Támesis y al Sena, ¿Qué más podía pedirle a la vida?

-¿Le gustó? ¿Qué le parece? ¿Acaso no le gustaría ser como él?

-Perdón, no me enteré bien, estaba oyendo el agua de la acequia y me distraje, ¿De qué se trata? -dijo Triclinio,

Al padre lo preocupó una vez más la distracción permanente de su hijo,

-Cómo que de qué se trata, ¿Por qué nunca entiende nada?

-Porque nunca entiendo nada,

-¿Y qué es lo que pasa cuando no entiende nada, si se puede saber?

-¿Cómo? -dijo Triclinio, que no había oído las últimas palabras,

-Que qué pasa cuando no entiende nada, caramba,

-Se me llena la cabeza de sonidos; eso pasa, Ahora tengo todo el ruido del agua de la acequia, y esto me va a durar varios días, Hasta que vengan otros mejores, Estos del agua me gustan, Hasta ayer la tuve llena de los gritos de los verduleros ambulantes, que son horribles, El del agua de la acequia es un descanso para mí,

## EL INCREIBLE SPUMAROLA

Por ese entonces llegó a la ciudad, en el mismo tren en que lo hacía el nuevo interventor militar, un tal Spumarola, enviado desde Buenos Aires para reorganizar un antiguo partido político, cuyos archivos, carcomidos por el tiempo, le servían de lecho,

Su tarea era dar ánimos a los afiliados para el caso de que algún día hubiese elecciones como en los antiguos tiempos. Pero, aficionado al violín, en vez de ordenar las fichas y citar a la gente dedicaba casi todo su tiempo a pulir inutilmente ciertos pasajes de Sarasate muy difíciles.

Atraídas por el sonido del *Steiner* legítimo que utilizaba, llegaron hasta el local partidario muchas personas que luego, sólo por simpatía con el viejo instrumentista, terminaron afiliándose al partido. Bonachón como casi todos los italianos pobres, era capaz de leer a primera vista tanto una partitura de Albinoni como de

explicar conceptos de difícil comprensión tales como libertad, justicia o derechos humanos. Viendo que los afiliados no eran muchos y que las elecciones parecían improbables, se dedicó totalmente a la enseñanza del violín convirtiendo a la sede central del partido en un Conservatorio.

La mayoría de los habitantes de la ciudad, cuya única actividad congruente era esperar un futuro que les prometiese algo, se inscribieron en el Conservatorio y estudiaron con tal ahínco que con el tiempo lograron formar la famosa escuela violinística riojana, fenómeno más sociológico que musical, ya que produjo un éxodo masivo de la población en busca de orquestas donde ubicarse.

A tal punto que el gobierno nacional tuvo que prohibir la enseñanza de la música en la provincia, de acuerdo con un artículo periodístico del general Schönperfer, titulado "¿Músicos o guerrilleros?", donde demostraba la naturaleza subversiva de los jóvenes violinistas riojanos, que se contaban ya por miles. Ilustraba el artículo un dibujo donde grandes columnas de instrumentistas marchaban sobre Buenos Aires, de tal modo que los estuches de sus violines parecían metralletas.

El encuentro casual entre Spumarola y Triclinio fue directamente histórico. El viejo profesor, al advertir las condiciones musicales del hijo menor del melero, vio que todo lo anterior, los centenares de violinistas ya formados que andaban desparramados por el mundo, el pasado incierto

de la provincia y su presencia como profesor en ella, todo, enteramente todo estaba cuidadosamente preparado para que al final apareciese Triclinio. Después de observar sus manos y de atisbar los interminables alcances de su oído, le dijo lagrimeando:

-Tú, hijo mío, serás el verdadero futuro de tu provincia.

No necesitó mucho tiempo Spumarola para que su discípulo asimilase y superase cuatro siglos de escuelas violinísticas sucesivamente complicadas en el tiempo por maestros neuróticos. Para divertirse, Triclinio tocaba el violín llevándolo a la espalda y leía a primera vista las piezas más difíciles que le presentaba el maestro, pero poniendo las partituras al revés en el atril. Y Spumarola lloraba de alegría.

La figura de Triclinio se hizo familiar en las calles provincianas, con el violín bamboleante, su andar distraído, esa sombra larguísima que proyectaba a la hora de la siesta, y las abejas que lo acompañaban desde la casa hasta el Conservatorio. Requerido por todos los interventores militares que llegaron a la ciudad durante su tiempo de aprendizaje, acudió siempre dulcemente a sus despachos, a tocar cuanto le pedían. Ellos querían convencerse de que no se trataba de una leyenda. Triclinio fue oficialmente considerado un objeto folclórico, e incluido en las visitas guiadas que los turistas portefijos hacían en invierno.

El gobierno resolvió apoyar este impulso turístico



generado por el violinista, fomentando las serenatas y los juegos florales. Los funcionarios contrataban a Triclinio para que tocara bajo los balcones de misteriosas damiselas, mientras las abejas de sus padres acrecentaban su producción ante el nuevo aporte de polen que suponían los juegos florales, con lo que entraban más divisas, es decir, más revistas usadas procedentes de la capital.

Hasta que un nuevo interventor resolvió que las serenatas eran pornográficas y los juegos florales también. Una Comisión Investigadora resolvió que Spumarola y sus jóvenes violinistas eran un peligro para el futuro tan deseado y esperado. Citando el artículo de Schönperfer, dictaminaron que se trataba de elementos subversivos. Spumarola fue declarado intelectual, conspirador e idiota, y expulsado de la provincia.

El día que tuvo que abandonar definitivamente la ciudad, Triclinio lo acompañó hasta la salida. Nada de despedidas tristes, dijo el viejo. Le recomendó tener cuidado con las mujeres, el vino y el folclore. Y otra cosa, dijo; acá nunca va a pasar nada, de modo que tendrás que irte a Buenos Aires, como todos, para lo cual necesitarás un buen violín. Un cura de aquí se interesa por tu suerte. Tiene buenos violines. Yo te recomendaría verlo. No olvides relajarte ni andes comiendo porquerías. Ejercicios suaves, paseos y natación el día que haya agua.

El viejo profesor, considerado además un traidor por el partido político que no pudo reorganizar, montó en la mula

que le regalaron unos alumnos y emprendió un lento regreso hacia Buenos Aires, que aprovecharía para memorizar visualmente, representándose las notas en el aire, las "Sonatas y partitas" para violín solo de Juan Sebastián Bach.

## BORRADO DE LOS PADRES DE TRICLINIO

No habiendo donde tocar ni a quién tocarle, Triclinio se puso a violinear en una esquina a ver si alguien gustaba de su música y le daba algo por ella. Fueron muchos los que se pararon a escuchar y luego, a falta de monedas, le dieron pagarés o vales canjeables por dinero el día que ellos, los donantes, consiguieran trabajo.

En un restaurante le recibieron los pagarés y pudo comer un puchero de avestruz. Cuando intentó seguir tocando por la tarde, intervino la policía municipal y se lo impidió diciendo que el violín irritaba a los miles de perros de los suburbios, que lloraban mirando hacia arriba, traspasados por una música nunca oída.

Conducido más tarde a la comisaría por no tener carnet de violinista ni poder pagar la multa correspondiente, tuvo que soportar que desarmasen su violín en busca de impresiones digitales.

Habiendo comprobado los policías que su instrumento nada

tenía que ver con los denunciados por Schönperfer, fue puesto en libertad condicional una mañana triste, tras un mes de encierro, previo allanamiento de su domicilio y de su diario íntimo, cuyo contenido tuvo que explicar por estar redactado con notación musical.

Hasta el momento de salir, apenas se había dado cuenta de que estaba preso. "A mí el tiempo -explicó a los policías- me pasa de otro modo, porque el único tiempo que entiendo es el de las partituras, y en vez de estar aquí en realidad estaba en otro lado, un ta tá, comiendo miel con mis padres o leyendo revistas junto a la acequia, un ta tá ta".

Encontró la casa toda revuelta por la policía. Las abejas habían huido, Colchones despanzurrados, partituras rotas, atriles doblados. Sus recuerdos, que no eran muchos pero hermosos, habían sido sacados de la oscuridad protectora donde vivían y, expuestos a la luz, se velaron y desaparecieron.

Sus padres, atados y amordazados en la piecita del fondo, le comunicaron su decisión irreversible de morirse. "Sólo te estábamos esperando para despedirnos. Después de esto es imposible vivir".

Durante el tiempo que Triclinio estuvo en prisión, la pobreza había arreciado, con lo que la población infantil debió ser trasladada a otras provincias que asegurasen su supervivencia. Quedaban solo los ancianos, que sobrevivían gracias a que se alimentaban con sus recuerdos. Los padres

de Triclinio comenzaron a morir en cuanto lo supieron detenido, y se consolaban pensando que su hijo sería feliz con su violín, lejos de las confusas palabras y de la no menos confusa realidad que representan, con la cabeza llena de esos hermosos sonidos que lo salvaban del miedo.

El viejo se tendió en el catre, la mujer se estiró a su lado, Triclinio se quedó pensando un rato, sin sonidos. Sin lamentarse, porque lo sabía de antemano. La decisión de morir de sus padres estaba en el aire desde hacía mucho tiempo.

Parado en medio del cuarto, veía que sus padres empezaban a borrarse, la habitación se vaciaba y llegaba la voz del viejo, tan tranquila que no alteraba el ruido de la agüita de la acequia:

-En esas revistas leí que Paganini no hubiera sido nadie sin su *Guarnerius*. Para abrirte camino necesitarás un buen violín que nosotros no pudimos darte. He oído que el cura tiene una colección de buenos instrumentos, escondidos debajo del altar. Entre ellos está el que San Francisco Solano utilizó para engatusar a los indios. A ver si es capaz de regalarte alguno. No nos volveremos a ver nunca. Sé bueno, si eso todavía tiene algún sentido. Una dosis de fe en el azar, que es lo único que hasta ahora no nos engañó, te dará fuerzas para seguir tirando. Y ahora me gustaría que tocases algo alegre.

Triclinio afinó un buen rato, y valiéndose de armónicos y sonidos flautados logró imitar la quena, que tanto le

gustaba al viejo.

Sus progenitores eran ya totalmente invisibles. Sin embargo pudo oír la voz del padre, llegada como desde lejos:

-Así murió Chopin, oyendo aires de su tierra. Lo leí en una de esas espantosas revistas que vienen de Buenos Aires.

Violados los objetos, velados sus recuerdos, alteradas las partituras por las máquinas policiales, y con los padres desaparecidos, vio Triclinio que llegaba la hora de decirle adiós a todo eso. Advirtiendo que incluso sus pensamientos habían sido alcanzados por aquella violación de su pasado y de su casa, se apoyó en el atril destrozado, vertió una brevísima lágrima y juró que nunca más lloraría ni volvería a su casa natal, que a partir de ese momento, según lo iba viendo, pasaba a pertenecer a la policía, a convertirse en una celda, en un arrabal de comisaría.

En la calle, el violín era tan liviano bajo su brazo, y tan lo único que lo acompañaba, que parecía inexistente. Sin embargo pesaba en la memoria, era tan espacio y tan tiempo a la vez, que sustituía, con creces, el pasado que con la violación policial acababa de perder. Y todo eso en el mismo momento en que el aire se abría como dándole paso a su violín y a él, en que la tierra parecía suave bajo los pies y además había un tiempo externo tan significativo que parecía tiempo de partitura y no del otro.

Tiempo de partitura y de partida. Mezclando las dos cosas, la posibilidad de viajar en un tiempo no enteramente físico, en el tiempo sin tiempo de la música, aparecía como

un hecho posible. Y a falta de mula, como la que tuvo Spumarola, el livianísimo violín se agrandaba y se agrandaba hasta convertirse en el vehículo que le permitiría abandonar su tierra en busca de los ríos de Paganini, que sin duda atravesaban una y otra vez, como el Támesis y el Sena, las imprevistas extensiones del exilio,

## EL REGRESO DEL PADRE FRANCISCO

-Es increíble -decía el cura-, parece mentira que en esta tierra que fue de indios violinistas no haya lugar para los músicos. Ahora no te queda otra alternativa que irte a Buenos Aires. Allá por lo menos serás un exiliado. Aquí, ni siquiera eso.

Pero Triclinio no podía oír lo que le decían, estaba otra vez con ese canto que casi siempre le sonaba dentro de la cabeza. El cura se dio cuenta, por la mirada perdida del muchacho, de que no lo estaba escuchando. A él, que también tocaba violín, solía pasarle lo mismo, se le llenaba la cabeza de cantitos espafíoles de su infancia, a veces en mitad de una misa o de una confesión. Nada más que él no había descubierto, como el joven músico, que eso era quizás una manera de escaparse de la realidad cuando ésta dejaba de ser congruente.

-Lo que no entiendo, lo que no me entra en la cabeza - seguía diciendo el cura como para sí- es cómo a un pobretón como tú, que apenas tiene para comer, que jamás en su vida podrá tener acceso a un violín como Dios manda, se le dio



por tocarlo, ¿Quién te metió semejante idea en la cabeza? Spumarola, ¿no?, ese viejo loco, Los violines son objetos ilustres, un lujo de las cuerdas y también de los siglos. Digamos: casi un milagro. Y lo que tú tienes, pobre criatura, es algo así como un violín de lata, una basura acústica que los comerciantes inescrupulosos llaman "violín de estudio". Lo terrible es que sabes tocar, que lo haces bien. Pero ¿adónde irás por esos mundos sin violín?

-Tu historia -dijo hurgando detrás de los altares- realmente es desesperante. Para llorar, digamos. Y con esa cara que tienes, peor todavía. Uno se siente obligado a ayudarte. Pero no por caridad cristiana, que eso sería lo de menos: por pura consternación. No, que ni se te ocurra sacar tu violín del estuche. No quiero verlo. Seguramente es un violín de carpintería, hecho con tablitas de cajones de fruta.

El cura abrió armarios y sacristías, baúles y catafalcos, en busca de unos violines tan bien escondidos que no podía encontrarlos. Desplegó mientras tanto unos atriles, puso en ellos algunas partituras y las *particellas* de los dúos de Viotti, y con un par de gritos le ordenó al sacristán que calentase unas empanadas que habían sobrado del mediodía, para que Triclinio no iniciase un viaje tan largo a Buenos Aires con el estómago vacío. Finalmente, en un nicho que había detrás del altar mayor, encontró, disimulado entre veinte o treinta violines de estudio, uno de sus favoritos.

-Mucho cuidado -le dijo entregándoselo y desplegando una mirada de reptil lujurioso-; es un *Maggini*, instrumento que sin ser uno de esos violines mimados por la fama y el tiempo, como los *Stradivarius* o *Guarnerius*, vale más que toda esta provincia.

Triclinio afinó durante un buen rato, que el cura aprovechó para colocarle en el atril una serie de partituras que lo habían hecho sufrir toda la vida.

-Te he puesto en primer término -dijo el padre Francisco- a un músico de mi tierra; Sarasate, su célebre *Zapateado*. Una verdadera joya, claro. Lo estudio desde hace quince años. Pero no puedo con los armónicos; son terribles.

La obra jamás había sido escuchada en esas latitudes, y la partitura, traída de España por el padre Francisco, era la única existente en la provincia. El hábil eclesiástico había hecho a mano un par de copias de seguridad, escondidas en el lugar reservado a las hostias consagradas.

Triclinio ejecutó la obra impecablemente, apenas con una brevísima vacilación al comienzo del pasaje de los armónicos (que le salieron bordados), maravillado por el sonido del instrumento, y especialmente por el arco, que hacía solo todo lo que le mandaban, añadiendo por su cuenta los saltos más arriesgados y los firuletes más felices.

El cura, embobado por los sonidos que él jamás había conseguido arrancarle a su valioso *Maggini*, no vio las caprichosas figuras que el cuerpo de Triclinio en movimiento desplegaba en el plácido aire de la sacristía, trazando unos

caprichosos dibujos similares a los que el padre del violinista, y él mismo, habían visto en las historietas de esas revistas que les mandaban de Buenos Aires. El sonido, ganando la nave de la iglesia y confundiéndola con un instrumento musical, se desparramó a sus anchas, salió a la calle y recorrió la ciudad hasta llegar a los oídos vírgenes de los guanacos y corzuelas que dormitaban en los cerros.

El cura, sorprendido por los milagros técnicos e interpretativos que tenía ante la vista y el oído, cayó en una especie de idolatría por el joven ejecutante, pero logró superar los impulsos de arrodillarse ante él. Era terrible sentirse apóstata o hereje, pero bien lo merecía esa felicidad que le recorría el cuerpo desde la punta de los pies como un escalofrío.

-Maravilloso -dijo cuando pudo superar los trastornos físicos que le había producido el *Zapateado*-. ¿Habías estudiado a Sarasate?

-Es la primera vez que lo oigo nombrar. ¿De dónde es? -dijo Triclinio.

Ante la respuesta del muchacho, de los ojos del padre Francisco saltaron unas lágrimas límpidas como aguas bautismales, que borronearon la partitura ejecutada por Triclinio, fundiendo notas con silencios y bemoles con becuadros.

-Es de mi tierra, concretamente de Pamplona -dijo el cura secándose los ojos con la punta del hábito-. Una tierra de la que falto hace muchos años y a la que nunca he podido

volver ni volveré. Y ahora, si me lo permites, me gustaría hacer un poco de música contigo. Viotti, por ejemplo, ¿te parece?

Acomodó cada *particella* en su atril, fue hasta el sagrario y de un gran manojó de llaves extrajo una, enorme, con la que abrió el intocable recinto.

Joyas y pedrerías encandilaron a Triclinio. Junto a unas vinajeras de plata labrada, sin estuche, desnudo y solitario, brillaba un *Gaspar de Salò* que el padre Francisco tomó, hay que ver con qué cuidado, para enarbolarlo entre el mentón y la clavícula, ante la parte del segundo violín del dúo.

Tocar con Triclinio era un deleite casi místico. Nunca esa obra le había salido tan bien como ahora. Como si los dedos se fueran solos. El sonido ríspido que estaba acostumbrado a oírse desaparecía ahora bajo una verdad sonora recién nacida. Un aire helado le recorría la cabeza, y los cabellos se erizaban. Se sentía un Sarasate. Se sentía en su tierra, es decir, por fin había regresado.

Sin darse cuenta de que sus viejos y torpes dedos seguían tocando como siempre, pobremente; sin darse cuenta de que Triclinio, viendo que él no podía con su parte, ejecutaba a doble cuerda, jugando, las dos voces del dúo; sin darse cuenta de lo feliz que era.

-Un verdadero milagro -dijo cuando acabaron de tocar-, Nunca en mi vida pude tocar tan bien. Y era como estar en mi tierra. Yo siempre pensé que no podía tocar bien porque no

estaba allá, Ha sido un viaje estupendo, que nunca acabaré de agradecerte, En cuestión de minutos hemos cruzado el mar, en cuestión de minutos llegué a mi aldea natal, donde vi que mi infancia estaba intacta, la infancia que, como todo el mundo sabe, es la única y verdadera vida; todo lo demás, puro exilio. Me vi chaval y laico, y junto a mi pueblo, a tiro de escopeta, estaba resonando el mar. Pero bueno, qué es lo que pasa con esas empanadillas que no acaban de llegar -gritó orientando las voces hacia la cocina.

El sacristán, un indiecito melancólico, apareció con las empanadas recalentadas, y se retiró de puntillas, como tenía ordenado caminar cuando se hacía música.

Comieron sin hablar, canturreando. El padre Francisco, limpiándose la boca con la punta de la sotana, dijo en voz muy baja:

-Ahora, hijo mío, te revelaré un tremendo secreto.

## UN TA TÁ, UN TA TÁ TA

El padre Francisco quitó la alfombra que ocultaba una losa sepulcral que daba acceso a una escalera de caracol, por la que descendieron varios metros hasta situarse debajo del altar mayor y junto a un lujoso catafalco,

-No sé si sabrás -dijo el cura- que mi apellido es Solano. Y el que duerme allí dentro desde el año 1610 es mi tataratío, San Francisco Solano; así como te suena, hijo. Llevamos varios siglos de exilio en esta tierra. El tocaba el violín, bastante mal por lo que luego verás. Yo también toco, y mal, y me llamo Francisco igual que él. Dicen que me parezco a un cuadro donde mi tátara quedó pintado; que somos como dos gotas de agua. La diferencia es que a él lo canonizaron y hoy es todo un San Francisco, mientras yo, por ser Francisco a secas y tercermundista, puedo acabar excomulgado o en la cárcel. ¿Te interesa el asunto?

-Me da un poco de miedo,

-Entonces te hablaré de él en cuanto músico. El bautizó a los aborígenes de esta tierra, pero principalmente les enseñó el arte de tañer. Sé, por tradición familiar, que formó una orquesta gigantesca, y coros, y que todos los indios fueron músicos. Pero no vayas a creer que solamente

hacía música religiosa; tocaba tientos y fantasías, pavanas y gallardas, vacas y folías. Y se codeaba con Tomás Luis de Vitoria y Hernando de Morales, seguramente vihuelistas, de brazo y de mano. Había también la vihuela de arco, que era el instrumento que sin duda tocaba entonces mi tío, que luego, para modernizarse, cambió por el violín, nacido en Italia, desparramado luego por el resto de Europa, y en consecuencia por España, allá por 1560, cuando ése que duerme ahí dentro tenía apenas once años. Por haber empezado tan tarde no pudo llegar a ser un virtuoso, pero bueno, le alcanzó para darles a los indios otra idea de España. Entre los que improvisaban, ya lo sabes, sobre el canto llano, existían entonces los "curiosos tañedores" y los "bárbaros". Mi tío el Santo pertenecía a los primeros, por saber observar las siete leyes: tañer con buen aire, hacer quiebros y redobles, etc. Porque se sabía casi de memoria el libro "Declaración de instrumentos", de Juan Bermudo, el "Tratado de glosas sobre cláusulas", del toledano Diego Ortiz, y "El arte de tañer fantasías", de fray Tomás de Santamaría, que contiene el capítulo sobre las siete leyes.

Pese a la relación estrictamente musical que hacía el cura sobre el Santo, Triclinio tenía miedo. No se trataba de un personaje histórico sino de un muerto de cuyos restos los separaba apenas el ancho de una lápida. Miraba al cura, y dejando de oír lo que decía se concentraba en su forma, exactamente igual a la de las estampas del Santo, y sentía que no era el padre Francisco quien hablaba, sino una copia,

hecha a mano como la de los dúos de Viotti, del muerto que tenían al lado, apenas separada del original por un poco de tiempo y el infimo ancho de una lápida,

-Yo creo -dijo Triclinio- que sería mejor salir de aquí,

-Está bien -dijo Francisco embocando por fin una llave que abrió la puerta crujiente del horrible túmulo. -Mete la mano ahí dentro, escudriña y escarba. Y si logras palpar la forma de un violín, será tuyo,

Triclinio tanteó, sin mirar, unos trapos deshilachados (la ropa mortuoria del Santo, seguramente), unos huesos resbaladizos, unos dedos que aferraban un mango de violín, Tiró entre un desparramo de falanges y sacó a la luz un instrumento pulido por los años,

-Maravilloso -dijo el padre Francisco-. Es el violín del Santo. El que te acompañará siempre por el mundo,

Al llegar arriba y ante la plena luz, el cura le mostró a Triclinio los pocitos que había en la *tastiera* del violín, de tanto tocarlo ante los indios,

-Como podrás deducir por la situación de los pocitos, mi tío Tátara tocaba todo en primera posición, y esto limitaba sus sonidos. Pero para los indios era suficiente. Le faltaba técnica, pero tañía con buen aire, con gran variedad de falsas, consonancias y redobles, según el arte de fray Tomás de Santamaría,

Mientras tanto el día, afuera, había avanzado más de lo que presentían, y el tren que debía llevarlo a Buenos Aires estaba a punto de partir,



En la estación hubo dificultades, cuando la policía exigió un certificado de exiliado para dejarlo salir de la provincia. El padre Francisco, exhibiendo el raído carnet de desubicado que tenía Triclinio, demostró teológicamente que entre desubicado y exiliado apenas había diferencia, con lo que le permitieron subir a su vagón. Antes le dijo al oído:

-Ojo con decirle a nadie de dónde procede tu violín. Te lo expropiarían para enviarlo a un museo religioso, y tú acabarías en la cárcel. Sé que harás milagros con él. No por el violín; por tus maravillosos dedos, hijo mío.

Cuando Triclinio, desde la ventanilla, vio llorar al cura, logró separarlo del Santo de las estampas y volvió a considerarlo un curita vivo, de carne y hueso y de su tierra. Con una mano apretó el mango del violín del Santo, con la otra saludó a su descendiente.

La parte del segundo violín del dúo de Viotti le impidió, durante el trayecto, ver los quinientos kilómetros de desierto de su provincia y luego los setecientos de la pampa húmeda, de modo que el viaje a la capital fue todavía más breve que el del padre Francisco a España. No acababa de salir de su provincia, un ta tá, cuando ya estaba entrando en Buenos Aires, un ta tá ta. La distancia entre ambas ciudades era apenas una melodía.

## LA CIUDAD DE LOS VIOLINES

Triclinio se entretuvo los primeros días en Buenos Aires recorriendo la ciudad rítmicamente. Había calles un tá ta, calles un ta tá, y hasta de zorzico, tá ta ta tá ta. Una verdadera maravilla. La ciudad se movía sin pausas, no había silencios ni compases de espera en su eterna partitura; era un *moto perpetuo* sin barras de conclusión.

Le encantaba, sobre todo, oír hablar a sus habitantes. Ese cantito que tenían, tan no se sabía de dónde. Aunque no entendiese lo que decían; en primer lugar, por la rapidez de *allegro* conque hablaban, como si no existiesen otros aires; y también porque, dejándose llevar por las modulaciones, no prestaba atención al significado de las palabras. Memorizaba frases enteras (sin atender a su significado), las traducía a ritmos, luego se entretenia escribiéndolas en el pentagrama. Aplicaba a sus propias palabras los esquemas rítmicos obtenidos, como una manera de ir aprendiendo el idioma oficial de los argentinos y de abandonar de a poco su propia tonada, su condición de "cabecita negra", según oyó que lo llamaron en cuanto lo oyeron hablar y vieron el color aceitunado de su piel.

Por las tardes le gustaba mirar el Río de la Plata hasta que anochecía, sin poder aislarlo del nombre de su descubridor y mártir, Juan Díaz de Solís, que entrando tan orondo montado en su galeón ignoraba que en una de sus orillas los nativos se lo comerían, Solís, que sin duda hablaría con el mismo acento que el padre Francisco. Por allí mismo, justamente sobre esas pequeñas olas, ¿no habría llegado también el primer dueño del violín que él tenía ahora entre las manos? En ese caso el instrumento, por primera vez en tantos años, volvía al río por donde había entrado. Son cuatro siglos, se decía. Y sentía que él también, como la música, como todas las cosas, era esencialmente tiempo. Entonces, para distraerse de estas acechanzas históricas, valiéndose del vínculo río que había entre el Sena, el Támesis y éste de la Plata, relacionaba al último con los dos primeros, que eran de Paganini según relatos de su padre; y era hermoso imaginar al violinista italiano en medio de aquel río del Cono Sur arrojando monedas de oro, desparramando muecas diabólicas y arcadas celestiales, borrando con su música todo vestigio de tiempo metafísico y violencias gastronómicas.

El dueño de la pensión donde se instaló le dijo de entrada que sólo podría estudiar el violín por las tardes, entre las dos y las seis, siempre que lo hiciera con sordina.

Llevaba una hora de búsqueda de sonido (arco lento, notas largas, control de la respiración) cuando se le cortó

una cuerda, de la que no tenía repuesto,

-¿Quedan lejos las tiendas de violín? -preguntó al dueño de la pensión,

-En el quiosco de la esquina encontrará de todo, Y ya que va, mejor compre pez para el arco, el que usa no es adecuado para este clima, Usted no es de acá, ¿verdad?

Era un quiosco enteramente de violines, No sólo había cuerdas de todas las calidades y países sino también atriles, partituras, métodos diversos (todas las obras para la escuela del arco de Sêvçik encuadradas en dos tomos deliciosos), clavijas, mentoneras, soportes, almohadillas, almas y volutas,

Todo lo necesario para el violín, pero no violines, Los quioscos no estaban autorizados para venderlos, pero enfrente, en cualquiera de los costados de la calle, había establecimientos atestados de ellos, con grandes retratos de sus *luthiers* y música ambiental de las mejores obras de los grandes maestros ejecutadas por los Helmann y los Heifetz, Anochecía, los letreros luminosos rivalizaban en caprichosas estilizaciones de formas de violines, que se prendían y apagaban, Spumarola nunca le había hablado de esta particularidad de Buenos Aires, ¿Por dónde andaría ahora el pobre viejo? ¿Enseñando como siempre o rascando tripas en orquestitas de mala muerte?

Recorriendo calles se asomaba a las avenidas; iluminadas hasta el fondo, se perdían en la pampa, En casi todas ellas, letreros luminosos de violines, Eran como los ríos, o como

el tiempo; y daba miedo penetrar en ellas y llegar hasta el confín, si es que lo había; porque parecían infinitas.

-Pero qué le ha pasado, hombre, por qué se demoró -le dijo el dueño de la pensión-. Como usted tardaba tanto y el tiempo se perdía, tuve que pasarle el resto de su turno a otro violinista.

-No sabía que en esta casa había otro violinista -dijo Triclinio con vergüenza.

-En esta pensión sólo admitimos violinistas, por haber tantos en Buenos Aires, y así tenemos asegurada la clientela. Y esto, téngalo muy en cuenta, no es un sueño. Quien más quien menos, en esta ciudad todos tocan el violín. Pero no para ganarse la vida, como parece que usted pretende, y perdone que me meta en sus cosas privadas. La gente acá vive del comercio de carnes y revistas, y se dedica al violín por motivos puramente estéticos o psicoanalíticos. Y ahora permiso, es mi turno de estudio. Sólo una hora, por desgracia. Mi violín no suena tan bien como el suyo. Me gustaría verlo. ¿Sería tan amable de atender la recepción mientras practico unas escalas?

El tono bajo y monocorde, y siempre autoritario, de la voz del dueño de la pensión, mortificaba a Triclinio. Después se acostumbró a ver detrás de esa máscara sonora a un hombre desvalido y acabado, melancólico congénito, que sin abandonar su agresividad le regalaba entradas para conciertos y lo mantenía informado de cuanto asunto relacionado con el violín sucediese en el mundo, gracias a

las revistas extranjeras que leía en su lengua, alemán para empezar y muchos otros idiomas todavía,

Una tarde, intentando disimular su agresividad con una sonrisa mal dibujada, le contó su mini historia;

-Yo también fui joven y violinista brillante como usted, cuando vivir en este país todavía era una promesa. Después vino el fatídico año treinta, del que todavía no hemos salido, y mire cuántos años han pasado. Entonces amaba a una mujer y era socialista. Ella me dejó y desde entonces me dedico a informar a la policía cuando aparece por aquí uno de esos violinistas sospechosos de querer hacer una revolución. Soy un miserable. Cualquiera tango cuenta mi historia. Así que ya sabe con quién trata. Si le interesa, me han pasado el dato, con pedido de que no lo divulgue mucho para que no se presente tanta gente, de que en la Orquesta Sinfónica del Ministerio del Interior hay una vacante de segundo atril, ¿Por qué no se presenta? Si gana ese concurso podrá dejar este tugurio y trasladarse a una pensión más decente,

Pese al secreto de la convocatoria, se presentaron más de mil. Pero los finalistas, por unanimidad, fueron Triclinio y un coronel retirado. El coronel era un instrumentista buenísimo, originalmente de la escuela de Spumarola, y la seguridad germánica de su técnica convencía tanto como la "celestialidad" del instrumento del riojano. El jurado, compuesto por generales y cardenales, no sabía por cuál de los dos inclinarse. En cuanto al público

asistente al concurso, compuesto exclusivamente por policías nacionales, aplaudía a ambos por igual. Aquello parecía un duelo entre la Iglesia y el Ejército-Estado. Lo cual, tanto histórica como constitucionalmente, era absurdo. La falta de hábitos eclesiásticos de Triclinio, pese a su cara ascética, inclinó el fiel de la balanza hacia el coronel.

El ganador felicitó a Triclinio por su digno segundo puesto y le dio una tarjeta de recomendación para un puesto de trabajo en una planta anvasadora de lenguas vacunas, que le permitiría vivir en una pensión sin turnos estrictos de violín, y estudiar más tranquilo.

-Tu violín -dijo el coronel- suena como los dioses, ¿De dónde lo sacaste?

-Es un violín bendito -respondió Triclinio, que no sabía mentir.

-Muy bueno tu chiste -dijo el coronel tras una larga carcajada solitaria.

La carcajada sonó toda la noche en las orejas de Triclinio, junto a la visión inolvidable de los dientes del militar sonriendo, como si nunca fuera a cerrar más la boca, dientes perfectamente blancos y alineados, como teclas de piano.

## CARTA AL PRESIDENTE BUENO

Una tarde gris de tango; una tristísima tarde con ojeras; una tarde de sollozantes violines verlenianos; una tarde como las últimas tardes de este mundo; una tarde que lo encerraba en el fondo del patiecito de la nueva pensión, donde percutían y repercutían las discusiones tabernarias, las sirenas de los barcos que se alejan entre adioses, los gritos de los fanáticos en las canchas de fútbol, las orquestas estridentes y desafinadas, el estallido de las bombas de gases lacrimógenos, las violentas cotizaciones del dólar y las declaraciones papales; una tarde patentizada por la certeza de que nunca más regresaría a la tierra de sus padres, que de paso era también la suya; en que las calles de Buenos Aires antes musicales habían perdido su inocencia y eran un puro ruido sin sonido, Triclinio, haciendo un gran esfuerzo anímico, evitó el afloramiento de una lágrima inútil.

Recordando la propaganda de hombre bueno que del presidente hacía la TV, resolvió escribirle la siguiente carta, como recurso extremo ante la tristeza portuaria y la pobreza de cabecita negra y de exiliado que padecía:

*Estimado Presidente; después de soportar todas las calamidades de mi tierra natal, desgraciadamente olvidadas*



hasta por mí mismo, algunas de las cuales enumero rápidamente para no fastidiar su magnánima atención (mortalidad infantil y mal de Chagas-Maza, niños muertos antes de los cinco años y epidemias de hambre, fracasos históricos tales como los del Chacho Peñaloza y el trágico Facundo, intervenciones militares y clima apocalíptico, folclorización e inutilización de estas verdades, y todos los etcéteras que usted pueda imaginarse), estudié durante muchos años el violín buscando una actividad que me permitiera no padecer el hambre que sufren mis comprovincianos vendedores ambulantes de higos, empanadas y pan casero, así como la que padecen los que venden los diarios y revistas que se editan en esta ilustre ciudad de Mitre, que llegan allá por toneladas produciendo momentáneo olvido,

Ha de saber, señor presidente, que mi ciudad es como la casa donde viven los pregones más tristes de este mundo, En cuanto amanece ya están por sus calles los vendedores ambulantes, en bicicleta o en burro o simplemente a pie con los canastos colgados de los brazos, pregonando cosas que nadie entiende, porque en vez de palabras emiten unos lamentos que estremecen el alma pero de paso perturban o destrozan los oídos, Y si uno por casualidad sale a la calle para que al comprarles algo se callen de una vez, ellos ya han desaparecido en la esquina con sus plañidos consternantes,

Después están los verduleros que vienen de provincias

vecinas tan pobres como la nuestra, en camiones con espantosos altavoces que convierten las palabras en gruñidos, y no ha acabado de salir el sol cuando aparecen las terribles motos que no descansan en todo el día, hasta que, llegada la noche, estas motos le pasan el ruido a los folcloristas, que en guitarras desafinadas, a través de los altavoces de los clubes, pregonan desgracias rimadas o ilusiones imposibles. Así avanza la noche, con un club pregonando en cada manzana, y cuando los altavoces callan finalmente, comienzan a cantar los gallos anunciando la inmediata aparición de los vendedores ambulantes.

De esos ruidos terribles tenía yo siempre llena la cabeza, que me impedían la música. Las melodías que estudiaba en el violín se negaban a entrar en mí y permanecer, por hallarme por dentro todo sucio de pregones y altavoces deformantes.

Yo pretendía, con el violín, introducir en mi provincia, y también en mí, sonidos más hermosos y congruentes; y cuando al fin, después de muchos años de trabajo difícil aprendiendo la técnica del instrumento, quise dárselos, resultó que allá no necesitaban violinistas, no los querían, y luego me vine aquí, donde, como usted sabe, todos lo son,

Me han dicho que usted es un hombre bueno, de Cruz del Eje, un pueblo que como usted sabe ya queda más o menos cerca de mi provincia. Por poco éramos compadres, quiero decir, del mismo lugar. Esta es, resumida, mi difícil situación. ¿Podría tener una entrevista con usted para que

*me escuche y si le parece bien me recomiende para algún trabajo? Reciba un fuerte abrazo de su gran amigo*

**Triclinio**

Se durmió pensando si su carta llegaría a las manos del presidente. Era posible que los secretarios, después de leerla, la considerasen ridícula y la tirasen al canasto de los papeles, o, ante la sospecha de que adentro hubiese un explosivo, la arrojasen a la parte más profunda del Río de la Plata.

Y entre sueños vio la imposibilidad de que el presidente en persona, abriendo el sobre, exclamase entusiasmado: ¡Miren! ¡Es una carta de mi amigo Triclinio!

## LEPORINO

La entrevista con el presidente fue concedida para pocos días después, "siempre que las circunstancias que son de dominio público lo permitan"; es decir, siempre que el general de labio leporino que se había alzado a pocos kilómetros de Buenos Aires y marchaba hacia la ciudad con sus instrumentos terroríficos, no llegase a la Casa Rosada antes que Triclinio.

El día de la audiencia, que él llamaba secretamente el día de la esperanza, no llegaba nunca, mientras los tanques y caballos del general rebelde, pese a su lentitud, iban más rápido que las agujas del reloj.

La lentitud del militar alzado se debía a que su columna de tanques y otros carros de combate iba precedida por una imagen de la Virgen de Luján, de la que era devotísimo por haberle permitido triunfar en otros golpes.

El día de la esperanza de Triclinio llegó por fin, sin que se hubiese consumado el golpe. Los militares alzados estaban ya a las puertas de la ciudad, amenazando

bombardearla si no se entregaba el presidente, pero con algunos problemas de abastecimiento de combustible, que los mantenían inmóviles y sin capacidad operativa.

Lustró el violín y sus zapatos, se mojó las rectas pestañas con saliva intentando arquearlas un poco, ordenó en un mismo sentido sus cabellos lacios y muy negros, y salió al tranco largo, disimulando el violín bajo el poncho de vicuña.

Al aproximarse a la Plaza de Mayo vio que en el Cabildo había una pequeña avanzada del general Leporino. La ropa de combate que llevaban simulaba una selva vietnamita, ~~para confundirse~~ con ella, pero lejos de mimetizarlos los resaltaba más en el paisaje urbano, como una jungla invadiendo la ciudad.

Viendo que otros curiosos se arrimaban y dialogaban con los sublevados, se acercó un poco más y pudo observar cómo un maquillador les pintaba la cara como para una función teatral, con rayas de diversos colores destinadas a resaltar la natural ferocidad y luego, como detalle final, daba una inclinación precisa a las boinas de combate, un toque demoníaco con el cual los maquillados subían al furgón que apuntaba hacia la Casa Rosada, listos para la lucha.

Oyó que uno de ellos, recién pintado, le decía a un periodista:

-Hemos salido de nuestros hogares prometiendo vencer. Y no volveremos si no lo conseguimos. La única solución es combatir. Yo, antes de volver a mi casa sin honor, prefiero

caer en el combate. Fíjese que hasta tengo pensadas mis últimas palabras. Si quiere se las puedo adelantar: "He caído heroicamente por mi Dios, mi Patria y mi Madre".

Estos disparates, la cara pintarrajeada y los ojos fanáticos le revelaron a Triclinio, en una tristísima sorpresa, la naturaleza estrictamente zoológica de la especie. Se dijo; y uno cree que es violinista.

Antes de entrar en la Casa Rosada, vio en los ojos inmóviles del granadero que le franqueó el paso, reflejarse como en un lago, en una perspectiva casi infinita, la columna de tanques del general de labio leporino. El granadero no parpadeaba, velando inútilmente por la seguridad del presidente, y parecía impávido ante el deslizamiento por la superficie acuosa de sus ojos de esos vehículos artillados; pero en un pequeño espacio junto a un párpado, que había quedado libre del reflejo de los tanques, Triclinio vio que en su trasfondo se escondía, como avergonzada, una tristeza civil, una melancolía democrática infinita.

Cuando el joven riojano estiró la mano para dársela al anciano presidente, éste, rehusándola con suavidad, lo abrazó.

-Para mí es un honor -le dijo- abrazar a un gran violinista y casi a un comprovinciano.

-Y para mí -dijo Triclinio venciendo su resistencia a hablar- es un milagro tocar, quiero decir con mis manos, a un presidente de verdad. Es la primera vez que veo, y además

toco, un presidente civil, No sabía que existiesen,

-Bueno, haga de cuenta que está en su casa de La Rioja -  
dijo el anciano invitándolo a sentarse-, ¿Café? ¿Una  
infusión de peperina? ¿Quizá unos mates?

-Preferiría empezar a tocar ya mismo -respondió,

-Eso mismo estaba deseando yo, pero no quería apurarlo,  
En estos casos siempre es mejor que sea el músico quien  
decida -dijo el presidente legal,

-¿Alguna preferencia? -dijo Triclinio comenzando a  
afinar,

-Lo que usted quiera, hijo -respondió el presidente  
constitucional,

-Entonces -propuso-, si le parece improvisaré sobre un  
tema popular nortefío,

El violín de Triclinio, casi tocando por su cuenta,  
estremeció al viejo edificio con el primer acorde, alarmó a  
los guardias y provocó un repentino vuelo en bandada de las  
palomas que picoteaban migas de pan en la Plaza de Mayo,

Palomas que se convirtieron rápidamente en un símbolo o  
ilustración de la paz, cuando, como en los dibujos que  
hacíamos en los cuadernos escolares, se recostaron en el  
horizonte sobre un fondo de sol naciente,

La música despojó en el acto al presidente de todos sus  
temores y preocupaciones, Lo llevaba dulcísima a su  
infancia, a Cruz del Eje aldea, a los aromos en flor y al  
vuelo azulado de los tordos, a las mojarritas de los arroyos  
tibios y al olor del piquillín maduro, borrando como para

siempre el malestar perenne de las FF.AA., la complicidad de la CIA y de la Iglesia, la gorra de Damocles.

-¡Paren la música! -se oyó el grito desde la puerta violentamente abierta, junto con un tiro que se incrustó en el yeso decorado del techo.

El viejecito, abriendo los ojos, borró con un simple parpadeo los aromas y las formas de su infancia pueblerina, y vio plantada en el centro del salón a la más horrible de las mascaritas, como llegada de un carnaval remoto, repintada como una puta vieja y con la boina de combate a punto de caerse de la diagonal.

La mascartia empujó a Triclinio, que estaba justo en su camino hacia el anciano, con la culata del revólver. Se vio un revuelo de poncho y de clavijas que se saltan, ruidos de cuerdas que se cortan, y al violinista caer debajo de una mesa. Tras esta acción de limpieza, el ayudante de campo del labio leporino se limpió una gota de sudor que brotaba bajo la pintura del maquillaje, se acercó al presidente, le hizo la venia respetuosamente y enseguida, en el más perfecto estilo de cine norteamericano, le dio una tremenda trompada que casi desarticuló el esqueleto del viejo, que cayó, como diría luego un comentarista, "cuan largo era" debajo de la mesa, al lado de Triclinio. Cuando se reanimó, los dos, sin abandonar su refugio, vieron llegar a Leporino precedido de su comitiva y de la Virgen de Luján, que fue "debidamente entronizada en el despacho presidencial", como diría el mismo cronista.



-Lo siento -le dijo el anciano-, por esta vez no podré ayudarte.

Y ocultó la cara entre sus manos, avergonzado de que el pintor de presidentes caídos desde un nicho lateral captase sus rasgos con grandes pinceladas, mientras la mesa se llenaba de gorras y de boinas, charreteras y espadas, puffales y reglamentos, y una banda de más de cien músicos entraba en el recinto y tocaba el himno nacional, al tiempo que llegaba el Cardenal Primado con una botella de agua bendita y un Devocionario.

El ex mandatario y Triclinio fueron invitados a salir por la puerta de servicio, hasta donde los condujo un sargento sin pintar. Allí se despidieron, con un abrazo como de padre e hijo. Una patrulla de pintados condujo al viejo a una cárcel-hospital. Los soldados miraron atentamente a Triclinio, que había quedado solo en medio de la calle. Y encontrándolo absurdo por todas partes, como si se tratara de una pelota de golf le dieron en el hombro derecho un golpe de fusil que lo hizo llegar hasta el Cabildo, donde el maquillador seguía pintando capitanes y tenientes de todo tipo.

La Casa Rosada flotaba en medio de un mar de sables y cañones. A lo lejos, por Avenida de Mayo, el Congreso parecía un castillo lejano, abandonado. Mucha gente, casi toda, empezaba a concentrarse en la plaza, dando vivas a Leporino, que por su nombre y por su estampa casi rozaba la condición de un emperador romano.

Caminó hasta la pensión intentando llenarse la cabeza de sonidos, para desalojar de allí lo que acababa de vivir. Pero no podía, como si los sonidos ya no existiesen a partir de ahora para nunca más. El culatazo en el hombro derecho le había afectado definitivamente un hueso clave y algunos músculos muy importantes, con lo que una gran variedad de golpes de arco residentes en ellos desaparecieron para siempre.

Tras comprobar que su violín no había sufrido ninguna alteración, se acurrucó, envuelto en el poncho, en un rincón de su piecita, sintiendo que había comenzado a envejecer.

## LINEA DE FLOTACION

Flotaba Triclinio por una de esas anchas calles que se pierden en el sur, después de haberse identificado ante varias patrullas policiales que, ocultas en los zaguanes, salían al paso sorpresivamente, cuando advirtió que lo único que le estaba permitido era tener esperanzas. Y bueno, eso ya era algo. Pero no pudo llevar muy adelante su pensamiento porque esos sonidos que le llenaban siempre la cabeza, momentáneamente apartados, despertaron de pronto.

Durante esas treguas, que significaban lucidez, no sabía si lamentarse por no poder usar normalmente su entendimiento o alegrarse por poder ignorar, gracias a los sonidos residentes, que ya no tenía ciudad para volver, y tampoco para quedarse.

El equilibrio de estas dos situaciones simultáneas constituía su manera de flotar por las calles del interminable sur, por las orillas de un país casi inexistente del que había oído hablar en la infancia y que más parecía pertenecer a un libro de texto de la escuela, fantásticamente ilustrado, que a la realidad viviente.

A veces aprovechaba esos momentos para alentar sus esperanzas, pero no lograba hacerlo por no saber

concretamente en qué consistían éstas, lo cual le impedía articularlas. Entonces procuraba intuir el posible mundo congruente oculto tras el muro de sonidos que lo separaba de esa realidad.

En interminables sesiones de flotación, sin sonidos obnubilantes, intentaba salir de su reducto y lanzarse de pleno sobre la otra cara del mundo; pero en sustitución de los sonidos aparecían las palabras, que no nombraban nada y percutían peor que los ritmos que lo aislaban del conocimiento; frases oídas o entrevistas en los recuerdos o en los sueños, o en las tabernas junto al puerto, o sugeridas por las estatuas y los parques de Buenos Aires; palabras repetidas y gastadas que ocupaban el lugar de los sonidos pero sin su melodía, carentes de sentido y de futuro. Entonces él mismo convocaba esos cantitos sustitutos del conocimiento, con los que se envolvía para no sentir el sinsentido de los hechos.

Ahora que no sabía donde estaba ni había un lugar para volver, la flotación parecía lo más natural y llegó a sentirla cómoda. Aunque no sabía que flotaba. No tenía ni casa ni familia ni ciudad ni presentimientos ni futuro, y tocar el violín no era ya un deseo imperativo como antes sino una especie de circunstancia secreta que podía guardar para días mejores si alguna vez llegaban.

La nostalgia por su tierra, que en esas circunstancias hubiera sido un buen alivio, no podía aflorar, oculta por el recuerdo de la pobreza, la mortalidad infantil, el saqueo

policial de su casa que provocó que sus padres se borraran del mundo,

Sintiendo que sus raíces vacilaban, apelaba a la infancia, a ver si hallaba una patria por allí. Y allí encontraba, dibujados en el cuaderno de tapas duras, el Cabildo (mucho más grande que el de la realidad), la Pirámide de Mayo (igual de pequeña aquí que en el cuaderno), la Casa Rosada, que nunca había dibujado pero que ocupaba un lugar en sus recuerdos infantiles. Y todo parecía una simple ilustración, una página del *Billiken*, un poema patriotero.

Flotar en Buenos Aires no requería ninguna técnica; bastaba ser un cabecita negra, todo lo demás venía solo. Su condición de forastero era así como la vejiga natatoria de los peces. Ni siquiera hacía falta quedarse quieto, ni esperar alguna brisa; se flotaba por propia imposición de la atmósfera. En las tardes otoñales, cuando las mujeres se asomaban a la calle a cerrar sus ventanas, veían ondear, más que los flecos de su poncho, al propio Triclinio, a quien confundían con un trapo sucio que se llevaba el viento.

El viento, junto con las hojas secas que arrastraba, lo llevó hasta un suburbio industrial donde unas obreras protestaban por las condiciones de trabajo, decididas a marchar hasta Plaza de Mayo para manifestarse ante la Casa Rosada.

En cuanto intentaron moverse apareció en la esquina, como una gigantesca pesadilla, una patrulla provista de gases de todo tipo y animales del zoológico debidamente

adiestrados para esta clase de disturbios, mordiendo las piernas de las muchachas mientras las mangueras de los camiones arrojaban sobre ellas líquidos paralizantes.

Estos alcanzaron a Triclinio, que fue barrido, por la presión de los chorros, como si se lo llevara un huracán, hasta el final del suburbio, donde quedó tendido junto a una laguna.

## AMERIKA

Unos hombres con rasgos angeloides, que iban saliendo de unas casitas absurdas y armoniosas, se acercaron a Triclinio y le ayudaron a levantarse y caminar.

-Bueno, ya estás aquí, ya ha pasado todo lo difícil -le dijeron.

Lo tomaron con cuidado extremo, como si se tratara de un violín, y sin dejarle asentar los pies en el suelo lo llevaron, bordeando la laguna, hasta las primeras calles del barrio que habitaban.

Parecía el decorado de una ópera con miles de personajes y años de duración. El centro del barrio era un gran puente de madera calada, con dos paseos a los costados, en forma de eses. Sobre el puente, como si se tratase del texto de una leyenda explicativa, había una gran clave de Sol hecha con alambres entretajidos.

-Esto es "Villa Violín", un barrio de emergencia donde vivimos los violinistas que ya no tenemos ninguna posibilidad, entre otras cosas por ser artríticos, -dijeron mostrándole los dedos de las manos, retorcidos por efecto de

las aguas heladas que diariamente les arrojaban desde los camiones antidisturbios.

Vista desde el aire, la pequeña ciudad de los artríticos tenía la forma perfecta de un violín, separada de la capital por una pequeña laguna y una vía férrea curva cuyo recorrido constituía una parte del contorno del instrumento. Los grupos de población más numerosos se concentraban en la *Tastiera*, o avenida principal, y en los populosos barrios de la Mentonera, el Puente y las Clavijas.

Lo llevaron a vivir a un ranchito de lata junto a la del Re, con vista hacia un sector más decoroso del barrio, ubicado más abajo, donde se encuentran las notas de la primera posición, habitado por asistentes sociales que habiendo ido a estudiar de paso esa "Villa Miseria" terminaron formando parte de la misma.

-Son buena gente que se interesan por nuestros problemas, como si fueran del gobierno aunque no lo son. Pero de música no entienden nada, no tienen la más remota idea; de modo que no saben cómo mirarnos -dijo un joven reumático.

En la habitación donde le hicieron un lugarcito juntando más los colchones, había hasta seis violinistas artríticos, sin instrumento convencional como todo el mundo.

Les bastó observar el mentón de Triclinio para saber que era violinista. Estiraron un colchón para él en la parte de la pieza más alejada de la puerta, donde no llegaban los chorros de esa agua helada y coloreada que arrojaban



diariamente los camiones de la policía,

Muchas veces habían pedido a las autoridades, a través de los asistentes sociales, que por favor no les echasen agua, que además de agravar los procesos reumáticos herrumbraba las paredes de sus casas, generalmente de lata, o que en todo caso, al menos en invierno, la entibiasen un poco.

Lo único que consiguieron cada vez que reclamaron fue la visita de unos policías especializados que dejaron las viviendas trastabillando de tanto investigar los precarios materiales de que estaban hechas y, lo que era todavía peor, les pintaron los dedos. Y esto era una tortura, porque, como los tenían torcidos por la artritis, se los estiraban hasta ponerlos casi derechos sobre las caladuras de la maderita usada para tomar las impresiones digitales.

Después de cenar un sábalo pescado esa misma tarde en la laguna por uno de los seis violinistas, cantaron una versión propia del *Ave Verum* y se tendieron a dormir. Triclinio no podía conseguirlo, por los dolores en las piernas. Además, cada vez que soplaba un viento, se movían los objetos de alambre que colgaban de las paredes: claves, pentagramas, compases sueltos y unos extraños instrumentos musicales de lata, como pensados para artríticos, que sonaban cuando el viento que venía del río alcanzaba cierta intensidad. Había también una partitura entera hecha con tachuelas, arandelas y clavitos, que era más bien una escultura pero se podía leer y ejecutar.

Cuando amaneció, Triclinio dijo que no podía levantarse por el dolor de piernas. Una asistente social que lo había estado observando desde que llegó se introdujo en las piecita de los seis, ahora siete, y le palpó las piernas.

-Esto no me gusta nada-, Has recibido por lo menos cinco chorros de agua, y de los bravos,

Con una pinza de depilar cejas trataba de extraerle unas agujas de material plástico que tenía a flor de piel, explicando que venían en el agua, eran la causa del dolor, y casi todas ya habían sido absorbidas por la sangre,

-Es una bestialidad. Habrá que decírselo a Ufa cuando venga, a ver si ella puede hacer algo para que la policía deje de usar estas barbaridades. Pero no te aflijas, en tres días estarás curado.

Con las muletas que le prestó la asistente social, Triclinio pasó los días de su convalecencia recorriendo la villa desde la zona de las clavijas hasta el botón del cordal, donde acababa el barrio. Había zonas libres de artríticos, pobladas por violinistas en trance de jubilación, que aprovechaban los años que duraban los trámites jubilatorios para defender la antigua escuela violinística de Danclas, ya en desuso. Pero padecían de arteriosclerosis, enfermedad que los obligaba a vivir dando consejos tan repetitivos como inútiles sobre la manera de agarrar el arco según el antiguo maestro.

Los seis lo acompañaron a conocer a uno de los habitantes más antiguo de Villa Violín, que estudiaba ocho

horas diarias, aunque carecía de instrumento, en un violín imaginario que, a fuerza de ser evocado, y por la ilusión que creaban los movimientos de los dedos y la actitud del músico, ya parecía real, gozando de una existencia virtual aunque no sonase.

Lo hallaron practicando. Su brazo derecho se movía ágilmente impulsando un arco que tampoco existía, y con la boca emitía un zumbido que intentaba ser el sonido del instrumento.

-Algún día -dijo dirigiéndose a Triclinio pero sin dejar de ejecutar unas claras escalas de sextas- nuestra música volverá a tener sentido, habrá libertad y entonces podremos reintegrarnos al mundo. Mientras tanto no hay que abandonarse ni desesperarse, y seguir practicando todos los días, como si todo funcionase bien.

Había sido solista en el Colón, hasta que cayó en desgracia por intrigas de un violinista rival, nombrado de pronto Ministro del Interior, que lo hizo juzgar por el fuero antisubversivo, de cuya condena se salvó por un pelo debido a que el fiscal acusador ignoraba por completo la teoría de las escalas de quintas, y por lo tanto la ubicación de sostenidos y bemoles, que pretendían ser la base de su acusación.

Conoció también a un famoso *concertino*, ahora llamado el Rengo, debido a que una granada, a la salida del Colón, le trituró una rótula. Como todos los demás, no tenía violín; pero como era tucumano y criado entre naranjales, había

logrado sacarle sonidos a una hojita de naranjo convenientemente doblada, con la que imitaba bastante bien el del violín. Aunque expulsado del radio urbano de Buenos Aires por haber intentado organizar un sindicato de violinistas rengos, se disfrazaba de mendigo (de lo que era finalmente) y se paraba por las tardes en distintas esquinas de la calle Corrientes a tocar con su hoja.

Guardaba en una calabaza las monedas que le daban los turistas extranjeros, para comprarse algún día un violín de verdad. Hacía quince años que ahorraba, comiendo apenas lo necesario, corriendo detrás de la inflación; pero nunca pudo alcanzarla. Y cada año que pasaba, el importe anterior de diez violines alcanzaba para comprar una clavija.

Para desplazarse, como no tenía muletas, saltaba sobre un solo pie. Y esta situación no le impedía mantener su buen humor ni su capacidad de trabajo. Al lado de su choza crecía un naranjo que pese al clima persistía, dándole siempre, si no frutos, por lo menos las hojas necesarias para ganarse la vida.

Al concluir su conocimiento de la villa le dijo al menos artrítico de los seis que por primera vez se sentía seguro desde que abandonó su tierra.

El músico, que había sido primer atril en tiempos de Teodoro Fuchs, le ayudó a dejar las muletas y acostarse en una especie de cama que le habían hecho con unas maderas robadas durante un concierto en la Facultad de Derecho.

-Me he quedado pensando -dijo Triclinio- en lo que dijo

el violinista que tocaba sin violín,

-El siempre dice -explicó uno de los artríticos- que el hecho de estar aquí, al liberarnos del canibalismo que se practica afuera, nos permite a la vez guardar la música, preservarla para que perdure hasta que aparezcan días mejores,

-Esta villa -añadió otro- es como un gran circo, pero natural, Y aquí cualquiera puede actuar, por el solo hecho de existir, La orquesta puede llegar a ser tan amplia, que prácticamente no reconoce límites,

El más joven de los seis, de unos cuarenta años, le ofreció una taza de sopa y le dijo que si quería, podía quedarse con ellos para siempre e integrar la orquesta de Villa Violín,

Intentó agradecer, pero no le salieron las palabras, Los artríticos, cansados de esperarlas, lo invitaron entonces a improvisar sobre el *Ave Verum*, como hacían cada noche antes de acostarse,

## VILLA VIOLIN Y SUS VECINOS

Villa Violín, aparentemente anárquica y marginada, tenía su propia congruencia. No había leyes, pero se regían por un conjunto de principios establecidos, mucho más rigurosos que los códigos; los de la música, que aplicados a las situaciones de la vida cotidiana funcionaban como la más perfecta de las constituciones.

La música, siendo la base de su convivencia, era en realidad la verdadera patria. Que no estaban dispuestos a cambiar por la de origen, ya que el traspaso de las leyes musicales a las relaciones de la vida les había permitido el ejercicio de una libertad, tanto individual como colectiva, impensable en la situación anterior.

Ellos no estaban marginados porque fuesen artríticos. La enfermedad llegó después, como una consecuencia de la prohibición de tocar que sufrieron al comienzo, agravada por la tristeza y las constantes fumigaciones con agua helada en pleno invierno.

Según le contaron a Triclinio sus compañeros de cuarto, lo más duro de todo había sido el quedar convertidos en violinistas sin público. No se puede pensar, decían, una

soledad mayor. Pero como estaban dispuestos a no dejarse morir, crearon un espacio donde aparentemente no lo había. Ese espacio era Villa Violín.

Los días de concierto tocaban todos, hasta el último habitante de la villa, ya integrando la formación que se montaba en la calle principal, es decir, la Avenida Tastiera, o desde su casa. Estuviese donde estuviese el músico, igualmente se le oía; porque el barrio en realidad era una orquesta, con sectores tímbricos perfectamente definidos.

De esta manera ellos eran al mismo tiempo sus propios músicos y su propio público. Esta circunstancia constituía la esencia de su libertad, la ley fundamental de su existencia como una especie de país secretamente independiente; y era la verdadera frontera que lo separaba de Buenos Aires, no esa laguna o ese arroyo de aguas turbias.

Nuestra música, explicó uno de los seis, no es producto de la composición. Nosotros no componemos, en el sentido tradicional; simplemente hacemos sonar la música que está en la realidad. Por eso hemos tenido que recurrir a instrumentos diferentes.

Cualquier objeto se convertía en instrumento cuando había música en el ambiente: latas y botellas, trozos de manguera, repuestos viejos de automóviles, textos de revistas (utilizados en cantatas y madrigales), herraduras de caballos, calabazas y caracoles.

También habían incorporado a los timbres de la orquesta, con verdadero arte, instrumentos vivientes; una veintena de gatos, auditivamente amaestrados, que hacían maravillas melódicas. Sólo había que apretarles la cola para que sonasen, lo cual parecía un poco cruel, pero los resultados lo merecían. Había también un par de chanchitos, uno diatónico y otro cromático, atados con una cuerda conectada a un pedal. Extremadamente sensibles y alarmistas, bastaba apretar apenas el pedal (que ajustaba un poco el nudo de la soga que tenían atada a las patas), para que soltasen verdaderas andanadas acústicas, que mezcladas a otros sonidos producían unos efectos terriblemente alegres. Se lucían especialmente en los cumpleaños, donde la obra conmemorativa obligada era el célebre "Cantos de cisnes", o "Concierto para dos chanchos y cuatro flautas", que se tocaba al final de la fiesta, a pedido de todos, y funcionaba como un gran fuego artificial, sólo que auditivo.

Los cerdos, según se creía, cada vez que se los toca, y sobre todo si se los ata, entienden, porque así se lo dicen sus instintos, que los van a sacrificar. Y entonces, claro, cada vez que le ajustaban la soga con un golpe de pedal, emitían sus sonidos finales, considerados por los autores de la obra (el grupo de los seis) como verdaderos "cantos de cisnes".

La única autoridad existente en la villa coincidía con el único castigo: el que desafinaba, ya fuese durante un ensayo o en un concierto, era automáticamente designado



alcalde de la ciudad por una semana, debiendo ocuparse del barrido y la limpieza, hablar con los asistentes sociales (que preguntaban siempre las mismas cosas aburridas), interesarse por la salud y la buena marcha de todo (interrumpiendo a la gente que ensayaba o soñaba, con lo que se convertía en un individuo molesto y poco grato). A todos les había tocado alguna vez ser alcalde, porque los músicos también se equivocan. Y si a alguien, por despiste o aburrimiento, se le ocurría ser voluntariamente autoridad, no tenía más que desafinar.

Triclinio fue incorporado inmediatamente a la comunidad artrítica, sin obligaciones ni derechos específicos, salvo los que surgiesen de la música que se ejecutase, y siempre según leyes estrictamente armónicas.

En cuanto pudo abandonar las muletas fue a Buenos Aires en busca de su violín. Recorrió las calles como despidiéndose para siempre de ellas, de la tremenda ciudad que, si bien no le había dado nada, por lo menos lo tenía todo, y esto ya era importante para cualquiera que como él no poseyese nada. Pensando que no volvería nunca, y considerándola tierra extranjera, dedicó miradas cadenciosas a los viejecitos que tomaban sol en los parques, a los barcos anclados que ondeaban como banderas, a los niños que regresaban del colegio donde aprendían a ser la esperanza del mañana, a la calle estrecha y húmeda por donde se llevaron, en una ambulancia-calabozo, hacia un hospital-cárcel, a su amigo el presidente.

Durante los dos días que Triclinio estuvo ausente, sus amigos intentaron armar un instrumento nuevo, según lo había visto y oído uno de ellos en sueños. Comenzaron a armarlo dentro de la habitación, creyendo que sería de tamaño normal. Pero pronto, debido a los materiales utilizados (restos de un tren descarrilado), les ocupó toda la pieza, de modo que continuaron construyéndolo afuera, en medio de la calle.

Triclinio divisó el instrumento desde el borde de la laguna que separaba a Buenos Aires de Villa Violín. Como la idea era que el instrumento, de la familia de los vientos por la cantidad de tubos que tenía, recibiese a Triclinio con música, en cuanto lo vieron asomarse a la villa lo soplaron, considerando que ya estaba terminado y que apenas faltaban los detalles. Y Triclinio se acercaba y se acercaba pero los sonidos no salían. Si decididamente no suena, aunque espero que lo haga, dijo el menos artrítico de los seis, habrá que considerarlo estatua.

Yo estoy seguro de que sonará, dijo el más artrítico cuando llegó Triclinio. Los tubos de los trenes son muy complicados, y el sonido entonces tiene que dar muchas vueltas antes de salir. Todo consistirá en soplarlo un rato antes del concierto, calculando correctamente el tiempo. De todos modos, puede funcionar como una broma, y esto ya es suficiente. Ahora veamos tu violín convencional.

Desde el menos hasta el más artrítico de los seis, todos probaron inútilmente asentarle los dedos al violín del

Santo; éstos caían siempre al lado del diapasón, donde sólo existía el aire. El artrítico del medio dijo:

-La única solución sería agregarle una *tastiera* al lado, justo donde caen nuestros dedos, y así las cuerdas reales podrían actuar como cuerdas de resonancia, como en la viola de amor. Y llamarle, por ejemplo, "violín de al lado". Haría un buen juego con el mamocordio que acabamos de inventar.

A las tres de la mañana los niños de Villa Violín, aunque acostumbrados a los sonidos más extraños, se despertaron alarmados ante un sonido muy intenso y grave, que duraba y duraba y no se terminaba nunca.

-No se asusten -dijeron los padres-, seguramente es esa estatua que han levantado ayer los seis, que está sonando a destiempo.

## DE POMPA Y CIRCUNSTANCIA

La orquesta en pleno afinaba en la Avenida de la Tastiera, convertida en teatro al aire libre, y en sus prolongaciones domiciliarias, donde los instrumentistas más viejos, que podían tocar pero sin moverse de su sitio, lo hacían desde la cama o desde el patiecito de la casa.

Triclinio, con su violín beatífico, era la novedad del día. Los pasillos, es decir, los espacios entre músico y músico, estaban llenos de niños que todavía no tocaban, deseosos de ver y de oír el nuevo instrumento, del que tanto hablaban los padres cuando evocaban el pasado.

El que repartía las partes en los atriles le dijo, colocando sobre el suyo un papelito que ni siquiera tenía pentagrama:

-Lo que haremos hoy es música de circunstancia, destinada a seducir a una de las asistentes sociales; como vivirás mucho tiempo aquí con nosotros, necesitarás una compañera. Este es el esquema rítmico y sonoro, ahí está indicado adónde llegar y nada más. Cada cual podrá hacerlo como le parezca. La seducción propiamente dicha estará a cargo de tu *solo*. Nosotros te apoyaremos desde nuestros atriles, haciendo todo lo posible. Bienvenido a la orquesta, y buena suerte.

Los vientos se habían enriquecido con la participación imprevista de músicos primerizos, niños taffedores de unos grandes globos que inflaban durante los silencios para liberar luego el aire, debidamente regulado, con unos sonidos según ellos vivaldianos. Eran en su mayoría hijos de las asistentes sociales que al profundizar en el estudio de los violinistas artríticos resolvieron compartir la vida con ellos pasando automáticamente a formar parte, como esposas, de ese pozo o purgatorio violinístico según decían con melancolía.

El instrumento estatua, cuya parte solista había sido soplada un día antes del concierto, había sido trasladado hacia la zona de los vientos, pero discretamente alejado de los demás instrumentos para que no llamase demasiado la atención ni distrajera al auditorio con formas ajenas a la música. Dentro de su aparente pasividad, los sonidos sopladados estaban recorriendo puntualmente las complicadas tuberías de la calefacción del tren y sus más recónditos recovecos acústicos.

El grupo de los seis tenía a su cargo la ejecución de unos instrumentos hechos con llaves en desuso y tubos de pastillas tranquilizantes, hallados en el basural de la ciudad adyacente junto a la laguna. Como en la obra sólo se habían previsto cinco de ellos, uno de los seis artríticos, no teniendo qué tocar, tomaba mate mientras tanto y charlaba con los músicos que tenían muchos compases de espera.

Triclinio podía introducir su *solo* en el momento que

considerase conveniente, siempre tratando de tocar al lado de las notas conocidas, no en el sentido de los artríticos, fuera del instrumento, sino en el mismo, buscando cuartos y octavos de tono, salvo en un pasaje altamente erótico dedicado a la asistente social que más le gustase, donde, con acompañamiento de globos solistas desinflándose, debería tocar algo muy cursi y muy convencional al estilo vulgar de los programas de televisión, procurando que fuese el pasaje más cómico de la obra,

Hacia el mediodía, en plena ejecución de una especie de segundo movimiento, las mujeres que no tocaban o que momentáneamente habían dejado de hacerlo, trajeron la comida, una ollita con guiso para cada uno, colgando de los atriles. El menos artrítico de los seis, que comía sin dejar de tocar, sugirió a Triclinio que ejecutase su parte solista a la siesta, para que todo el que eligiese la alternativa de dormir pudiese hacerlo al son de una música exóticamente dulce,

Para evitar los efectos de la modorra que empezaba a sentir, Triclinio dio comienzo a su *solo*, buscando inútilmente los cuartos de tono. El estilo de los artríticos era muy difícil, de modo que optó por las escalas conocidas, las que, por su novedad en Villa Violín, atrajeron a las asistentes sociales, quienes, en número no inferior a sesenta, excitadísimas y con las mejillas arreboladas, rodearon al joven músico, según estaba previsto en las intenciones de la partitura,

Mientras muchos de los músicos se aburrían ante el pasaje meloso que ejecutaba Triclinio, otros dormían muy orondos, armoniosamente recostados sobre sus instrumentos, bajo la tibieza de un sol con pocas manchas. Un anciano que sin darse cuenta estaba comiéndose el instrumento con que tocaba -un melón convenientemente ahuecado- le explicó la influencia de las manchas solares en Villa Violín. Cuando abundaban, recrudecían los desórdenes en el país vecino, aumentaba el celo policial y en consecuencia los camiones que anegaban la villa con agua helada en busca de refugiados.

Triclinio no podía oírlo bien, primero porque estaba tocando y segundo porque se sentía perturbado por la presencia de las sesenta mujeres, todas hermosas, que lo miraban y oían alarmadas consultando sus manuales de sociología musical.

Parecía claro que la belleza diaguista de Triclinio, con su piel azul oscuro y sus ojos verdes de tanto tomar mate en la piecita de su exilio portefío, había multiplicado, con apoyo de los sonidos, la natural capacidad de asombro de las asistentes, que a ratos lo contemplaban como a un enfermo, a ratos como a una flor.

-¿Cuál te gusta más? -preguntó el que tomaba mate.

-Todas -dijo Triclinio con destellos en su mirada.

-Entonces tendrás que elegir por azar -le dijo el músico entregándole un puñado de corcheas de alambre para que se las tirase una por una a las asistentes.

Las miró detenidamente. A pesar de lo poco que sabía de óperas, pudo reconocer entre ellas a Lucía, Aída, Carmen, Leonora, Isolda, Manon Lescaut y muchas más. Estaban vestidas con los trajes que les traía Ufa del teatro Colón, pertenecientes a esos personajes. Sonreían pudorosamente ante las corcheas que les arrojaba Triclinio, sin moverse, esperando ser blanco de una de ellas. En eso una corchea fue a dar justo en el ojo derecho de Manón, cuyo nombre era Palmira, ante lo cual todos dieron un grito de alegría, sin interrumpir la música, diciendo "Palmira tiene novio". Manón bajó los ojos, avergonzada por el amor naciente, y enseguida se acurrucó al lado de Triclinio para empezar a ser su novia en cuanto terminara el solo de violín, apenas interrumpido por las corcheas litúrgicas.

La orquesta desarrollaba ahora el tema de una especie de marcha nupcial muy alegre, en la que hicieron participar a los gatos, que como siempre se lucieron como auténticos virtuosos. Concluida su parte, aunque no el concierto, Triclinio dejó de tocar el violín y tocó a Palmira, que sonó como una flauta dulce tenor perfectamente calibrada.

"Que se besen, que se besen", cantaban ahora los músicos en forma de canon, justo cuando se oyeron unas explosiones no previstas en la partitura, que sonaron en el corazón de Buenos Aires haciendo temblar las casitas de lata de Villa Violín. Anocheceía y entre las últimas luces ascendía, como un vaho crepuscular, el humo de bombas y granadas, que al llegar a la altura donde todavía había rayos solares,



simulaba las formas de esos ángeles dorados que hay en las cúpulas de las catedrales.

La orquesta atacaba ahora el último movimiento de la obra, donde intervenía el instrumento-estatua soplado el día anterior, Palmira se excusó de seguir oyendo el concierto diciendo que tenía que ir a preparar su vestido de boda, un traje de Madame Butterfly que haría un bonito contraste con el poncho de vicuña del novio, un tanto raído por las enfermedades endémicas de La Rioja y el clima húmedo de Buenos Aires.

En eso estaban cuando apareció la góndola de Ufa en el extremo portefío de la laguna, precedida esta vez por unos anacrónicos fuegos artificiales. Los músicos la recibieron con gritos de alegría, percusión y pasajes a doble cuerda, porque siempre les traía algo de regalo: carcasas, balas servidas, programas de música seria y vestuarios de personajes.

Cuando desembarcó, protegida por guardianes, dieron por terminado el concierto y la rodearon no con la misma efusión de siempre, por temor a esos guardianes que veían por primera vez, a ver qué cosas lindas les traía. Ella repartió los regalos, adornados con dalias: editoriales de los grandes diarios, aptas como siempre para textos jocosos, cajitas vacías, cuerdas, herraduras de caballos militares, serruchos, bocinas de coches viejos, latas y miles de cosas más, entre ellas un hermoso caballo blanco, vivo.

-Traigo la grata nueva -dijo dirigiéndose a todos- de

que a partir de ahora podré ayudarlos más que nunca, ya que esta misma tarde ha triunfado, en un pequeño incidente armado, la fracción de papá.

Caminó majestuosamente hasta donde estaba el caballo, lo tomó por las riendas y dirigiéndose exclusivamente a Triclinio fue a decirle estas palabras:

-Vengo a buscarte, famoso Triclinio, en nombre de papá, que es el nuevo presidente de la República. Estamos enterados de tu problema y queremos, sinceramente, ayudarte en lo que nos sea posible. Este caballo, perteneciente al general Leporino que acaba de caer, requisado por papá y ahora enteramente tuyo, te proveerá para siempre de las crines necesarias para el arco de tu fantástico violín. Papá y yo ardemos en deseos de escucharte. Me darás tu carnet de desarraigado para canjeártelo por uno de huésped en observación. *You are a guest, aren't you?* He venido a rescatarte de este exilio y a llevarte a Buenos Aires, ya verás cuántas cosas haremos juntos.

Justo cuando Triclinio estaba por responder, habiendo hallado con bastante trabajo las palabras adecuadas para tan asombrosa situación, empezó a sonar la estatua acústica, fuera de todo contexto, sin acompañamiento, totalmente sin sentido, entre grandes risas celebratorias. Fueron unos veinte compases, con un humor que solamente se podía comparar con el de la música de los dos chanchitos.

Desde la góndola iluminada, al lado de Ufa, que resplandecía como si fuese la reina de todas las óperas,

Triclinio, avergonzado de lo que le estaba sucediendo, se despidió como pudo de sus amigos prometiendo volver lo más pronto posible.

Los guardianes gondoleros empezaron a remar al son de una música que venía de algún aparato instalado en la embarcación. La cabeza de Triclinio, junto a la de Ufa, se recortaba contra la sombra de los lejanos rascacielos portefios, mientras en un banco de la plazoleta que había junto al puente de Villa Violín, Palmira, casi borrada por el crepúsculo, intentaba enhebrar la aguja para adaptar a su cuerpo el vestido de Madame Butterfly. Pero no podía, todo se le volvía borroso por culpa de sus malditos ojos sensibleros, humedecidos por unas insistentes tristezas de radioteatro.

UFA

En la góndola Ufa se soltó el cabello y se cambió de ropa sin importarle ni la presencia de Triclinio, que miraba para otro lado, ni la de los guardianes que viajaban ocultos entre unas tablas bajo el nivel de flotación. Luego, pintándose los labios, le dijo:

*-You are a good-looking boy, seguramente las asistentes sociales no te dejan en paz, nicht war?*

Triclinio, que de pie en la góndola iba fuertemente agarrado a su violín para no caerse, dejó que aflorara en su rostro una enigmática sonrisa diaguista, mientras pensaba que la hija del nuevo presidente era tan linda como las efigies de la libertad de las antiguas monedas, y que solamente le faltaba el gorro frigio y una espiguita de trigo alrededor para ser la imagen numismática perfecta del país.

En la orilla opuesta, una nube de policías en motocicleta la esperaban; en cuanto divisaron a Triclinio le apuntaron con sus ametralladoras, todos al mismo sitio del cuerpo.

*-Es mi invitado -dijo ella.*

Los guardaespaldas bajaron sus armas y les ayudaron a bajar. El que mandaba a los demás dedicó a Triclinio una

penetrante mirada de sospecha, y luego otra, más tenue, soslayante y de simple desprecio. Subieron a un enorme coche negro, cuyas puertas abrió un viejecito contrahecho que recordaba a Rigoletto. El coche arrancó sacando chispas en dirección al centro, seguido por setenta motos y dejando una estela de bocinas enronquecidas y luces giratorias.

Triclinio se estaba tapando los oídos cuando oyó decir a Ufa:

-Ahora, si querés, podés besarme.

-Todavía no he tenido tiempo de cepillarme los dientes, el concierto empezó muy temprano y entonces yo...

-No sabés cuánto te lo agradezco, Tricly; ya sé que es muy vulgar y de mal gusto besarse en los coches -dijo Ufa intentando inútilmente taparse las piernas con la minifalda.

Durante el estridente trayecto Ufa le contó que estudiaba danzas, alemán, tiro al blanco, dibujo artístico, karate, equitación, yoga, folclore, informática y economía política. Al final agregó, como si se tratara de una materia más: "Papá y mamá estarán encantados de conocerte".

Llegaron a una lujosa mansión de aspecto histórico. El coche y las motos desaparecieron en los jardines. Triclinio vio que la casa, tanto por dentro como por fuera, estaba siempre dividida en dos partes, una brillante y otra opaca. En la que brillaba, había miles de objetos hogareños e inútiles colgando, espléndidos, de las paredes esplendorosas, donde todo olía a limpieza, a desinfectante, a higiene casi hospitalaria. En la parte opaca, en cambio, las paredes

estaban llenas de armas de todos los tipos y tamaños, antiguas y modernas, desde los trabucos de las guerras de la independencia política hasta las modernas pistolas silenciosas. Ambas partes estaban separadas por una gran puerta, limpia y reluciente por un lado, sucia y llena de revólveres colgados por el otro.

-Esta casa -dijo Ufa tomando aliento para una larga parrafada- fue construida especialmente para papá y mamá. Sucede que a él le gustan las armas, las colecciona, y su mayor placer es pasarse los fines de semana engrasándolas una por una. Antes de venir a esta casa, mamá, que vive para la limpieza, salpicaba con agua y detergente las escopetas de papá, y éstas se herrumbraban. "Otra escopeta arruinada", decía enojándose papá cada vez que descubría óxido en sus armas, y las tiraba a la basura, mientras mamá, arrepentida pero sin abandonar su vocación de detergente, se mordía los labios y lloraba detrás de las puertas. Como en cualquier país civilizado esta situación puede ser causa de divorcio, y nosotros somos muy cristianos, un arquitecto amigo nos proyectó esta casa, que tiene una parte para limpiar y otra para estar siempre sucia con las escopetas. Desde entonces la paz reina en este santo hogar, pese al trabajo de papá, que como sabrás es general de división. Aquella puerta da a la sala de música, donde hay alrededor de quince instrumentos antiguos entre violoncellos, violas y violines. Pero mejor no miremos eso, que con tus amigos de la villa seguramente estarás harto de música. Son divinos. Me

refieron a tus amigos, no a los instrumentos. Yo los adoro, Papá tocaba bastante bien el violín (tiene dos *Steiner*) antes de convertirse en el *stärkste mann* de este país, ¿entendiste? No. Sos un encanto. Con las preocupaciones que tiene desde entonces, al pobre apenas le alcanza el tiempo para engrasar los arcabuces de la primera sala. Ya verás qué flor de tipo es cuando lo conozcas. Nada que ver con el que sale en la televisión, donde tiene que actuar *pour la galerie*. Te puedo garantizar que él también, a su modo, quiere mucho a la gente de la villa. De lo contrario nunca me hubiera autorizado a practicar la caridad con ellos. Pero la formación musical de papá es estrictamente clásica, dice que nunca podrá entender la música informal que hace toda esa gente marginada. Te diré, *my dear*, que tus amigos artríticos también tienen sus cositas. A veces, mediante engaños, hacen llegar sus partituras al Colón, las deslizan secretamente en los atriles bajo las partituras normales, y muchas veces, inocentemente, la orquesta las toca, desconcertando a los socios más eminentes de la Sociedad Rural, a los críticos, que se quedan sin tener qué decir, y a los servicios de inteligencia, porque ningún empleado de esas dependencias del Estado conoce suficientemente bien la música aleatoria. Papá, te diré, no es enteramente ajeno a ella. Has de saber que se cartea con John Cage, Stockhausen y otros como ellos. Pero no la tolera para nuestro país. "Aquí, no", dice siempre. Y la habría prohibido ya si no fuera por mí, que aquella noche memorable, cuando habían

introducido en nuestro teatro una música directamente subversiva, me enteré del cambio de partituras antes del concierto (tus amigos me lo confiaron, porque me quieren bien), y logré convencer a papá para que no fuera al teatro aquella noche. Se lo he dicho muchas veces a tus seis amigos, que son los más revoltosos del grupo, les tengo repetido hasta el cansancio que por favor dejen de mandar esa música a nuestro primer coliseo. Pero ponen unas caras de angelitos que dan lástima, declarándose arrepentidos, después me tiran semifusas de alambre a la cara a ver si aciertan en un ojo, porque todos me pretenden, y todo queda allí y seguimos tan amigos como siempre. Lo que yo quiero, entendeme bien por favor, no es que sus juegos se prohiban, sino evitar que los descubran y los fumiguen todavía más con esas horribles aguas coloradas y tan frías que agravan su artritis y herrumbran sus viviendas. ¿Te aburro, majo? Eres divino,

De allí pasaron a una especie de bohardilla alejada de la limpieza materna, donde había trofeos de antiguas guerras ganadas por los abuelos, jirones de banderas arrebatadas al enemigo, pactos secretos, un ejemplar de la Constitución y un retrato del Che,

-Este es el cuarto íntimo de papá, donde se encierra a resolver problemas muy difíciles. Lo he visto salir temblando de aquí, por eso no me gusta que venga. Cuando se encierra en esta pieza, mamá se pone muy nerviosa y lava todas las alfombras.



-En mi tierra -contó Triclinio- llevaron preso a un amigo mío por tener en su casa, cuando se la allanaron, un banderín con la cara del Che. ¿Y a tu papá no lo ponen preso por tenerlo?

-*Mein Vater*, digo *my father*, *has a lot of rights* -dijo sonriendo como hubiera podido hacerlo la efígie de la libertad en las monedas antiguas-. Pero te diré una cosa, *my dear*; papá es muy inteligente y tolerante con todo; pero le gusta poner las cosas en su lugar, como las escopetas, que están ordenadas por épocas y alcance de tiro. ¿Tenés novia?

-No -mintió pensando en Palmira, y mientras buscaba más palabras para seguir diciendo algo vio que Ufa, aspirando el aire suficiente para un largo rato de monólogo lo miraba a contraluz y le hablaba de esta manera:

-Deberías tenerla. Como dice papá, el amor es el consuelo de los simples, como los habitantes de tu villa. Ellos, por su condición de exiliados, no tienen sobre sus espaldas ningún peso que cuente ni son responsables ante la Historia de los destinos del país. Porque esto, pese a todo, es un país. *Isn't it?* Nosotros en cambio tenemos en casa las armas que usaron nuestros mayores para defender las fronteras de las invasiones de los espantosos indios, y un album fotográfico familiar que si te lo muestro te caés de espalda. ¿Te interesaría conocer las cartas que el Chacho Peñaloza le escribió a mi bisabuela requiriéndola de amores? ¿O quizás ciertas apreciaciones de tu adorado Felipe Varela? Pero seguramente te interesarán más las cartas que Facundo

Quiroga, caete de espaldas, le escribió en inglés a un primo de esa misma abuela, *Do you understand?* Acá han pasado muchas cosas, mi querido, Acceder directamente a ese pasado significa un despojo del que no te salva ni el yoga, ¿Tenés idea acaso de lo que le pasó a mis parientes directos durante la reconquista de Buenos Aires en las invasiones inglesas? ¿De los malabarismos que tuvimos que hacer durante la época de Rosas para mantener el crédito exterior? ¿De la muerte de Dorrego o de los restos de Lavalle por la quebrada de Humahuaca? ¿De los tratados con las provincias rebeldes que no querían reconocer la hegemonía de Buenos Aires? ¿O yendo todavía un poco más atrás te interesaría saber algo de la para otros misteriosa entrevista de Guayaquil entre Pepito San Martín y Bolívar? ¿O tal vez, por tu aspecto nostálgico y tu situación de cabecita negra, te interese conocer la trayectoria del cadáver de Eva Perón, que ahora mismo podría decirte adónde está?

Triclinio vio que de los ojos de Ufa salían como chispas o grandes resplandores. La casa le pareció de pronto un escenario bien decorado, y el discurso de la muchacha el *solo* de una soprano dramática hacia el final de la obra, cuando va a perderlo todo. Las mejillas de Ufa, rojas como las llamas sonoras que salían de su boca, le recordaron la descripción que de las de Manuelita Rosas hacía Héctor Pedro Blomberg en una novela radial que escuchaba su padre. Iba a decir algo que contrapesase el "aria" de la diva, pero Ufa aprovechó su vacilación para seguir diciendo, ahora menos

exaltada;

-Me alegró que no me besaras en el coche y que no te fueras de boca conmigo como lo hacen todos. Me pretenden un montón de coroneles y alféreces. Pero al amor, m'hijo, hay que ganárselo como vos ganaste tu violín, estudiando veinte años como loco.

Triclinio pellizcó las cuerdas de un violín que había sobre una mesita, más como objeto decorativo que como instrumento musical.

-Es el violín de mamá, un buen instrumento español. Tenía un sonido hermoso hasta que se le ocurrió limpiarlo con alcohol o aguarrás, y mirá cómo ha quedado el pobre. Y ahora, Tricly, hazme el favor de vestirme como la gente, allí encontrarás ropa adecuada, porque esta noche iremos a un concierto en el Colón.

Mientras él se vestía trabajosamente en un cuarto que le llamó la atención porque a pesar de tener luz eléctrica estaba alumbrado a vela, como en Villa Violín, Ufa, con un gran resto de aire que todavía le quedaba en los pulmones, concluyó de esta manera;

-El amor, *mein lieben Knabe*, es algo muy serio. No se puede impostar, así como no se puede recomponer la economía con decretos. Hacen falta hechos concretos, tanto eróticos como económicos. Otra cosa; no me gusta que te hayas dejado engatusar por esa asistente social. Ellas siempre andan a la pesca de tipos inocentes o tontos como vos. Son muy buenas, no voy a decir lo contrario, pero para ti me gustaría un

destino diferente. Te lo merecés, después de todo lo que hicieron con tus padres y con tu provincia. Papá habla siempre con cariño de La Rioja, probablemente pasemos allá las vacaciones próximas. Tú me gustas mucho, pero sólo podré amarte cuando se organice el país, y eso parece muy difícil aunque no imposible. Si creés que hay mucha diferencia social entre nosotros dos, por la riqueza que has visto en esta casa y por el trabajo de papá, te diré que mamá es de origen más humilde que vos, y bastante burra pobrecita. De otra manera no tendría esa manía personal por la limpieza ni habría arruinado ese violín, en el que siempre ha desafinado dicho sea de paso. Pero papá, que es fantástico, con amor y humor supo comprenderla hasta ahora. Y ahora apagá la luz, no la vela, burro, que nos vamos al teatro.

## TRICLINIO SE CODEA CON LA GLORIA

La sala estaba repleta, como cada vez que montaban *Rigoletto*. Ufa respondió con inclinaciones de cabeza a los saludos militares de policías y gendarmes. Rehusando el palco familiar, decidió ver el espectáculo desde la platea para que Triclinio tuviese una visión más popular del gran teatro.

-Nuestros amigos de Villa Violín -dijo muy tranquila Ufa, como si sus atuendos de gala la obligaran a un hablar menos exaltado- consideran a esto, por otra parte bastante *démodé*, como una especie de prostíbulo musical. Para mí tiene un encanto qué sé yo, crepuscular. Es un poco la historia del país, uno de sus grandes mitos, el vaso comunicante que nos ha mantenido siempre conectados de alguna manera con Europa. ¿Has oído alguna vez la ópera?

-*Rigoletto* -deletreó Triclinio trabajosamente.

-No tengo la menor idea de sus intérpretes -interrumpió Ufa para que su amigo no revelase, hablando, su ignorancia-. Según mi abuelo, que cuando se hablaba de óperas decía "a mi juego me llamaron", ninguna representación de esta obra superó a la que tuvo lugar en la velada del Centenario de la Independencia, en 1910 como sabemos, con Graziella Pareto,

Tita Ruffo y Guiseppe Anselmi, Dicen que fue genial, ¿Y sabés quién estaba también? La Infanta Isabel, enviada especialmente por el Rey de España, Divino, Yo alcancé a oír a mi abuelo en un pasaje que se sabía de memoria, el "Dúo de la venganza", Tenía una voz preciosa, Pero no podía alcanzar el *sol* del barítono,

-Muy lindo -dijo Triclinio mirando hacia arriba-, Hermoso la -añadió al oír que la orquesta empezaba a afinar,

Cuando Triclinio le dijo que no conocía el argumento ni de ésa ni de ninguna ópera, Ufa se lo contó,

-Se parece a las historietas que le enviaban a papá desde aquí a cambio de su miel,

-De todos modos, el italiano no es para nosotros una lengua extranjera, Supongo que entenderás bastante de lo que están cantando,

-El profesor Spumarola lo hablaba muy bien, especialmente cuando insultaba,

-Te lo estás pasando divino, ¿no? Decime la verdad: ¿te gusta, Tricly?

-Más o menos, Lo que pasa es que ahora no entiendo lo que dice esa cantante,

-No es para menos, hombre, si está cantando en ruso, Esto está cada día peor, Lo que pasa es que son solistas extranjeros contratados a último momento, No te extrañe que enseguida la cosa continúe en francés, Pero el público, que conoce de sobra el argumento -esta ópera se está representando acá desde 1908-, puede adivinar el sentido de

lo que se canta, *do you see?*

Triclinio estaba jugando con el programa, lo doblaba por todos los lados, intentaba hacer una pajarita de papel,

-Te aburre, ¿no? Sos una maravilla,

-Bueno, no tanto,

-Al Peludo también lo aburrían las óperas, según cuenta papá,

-¿Era músico?

-¿No sabés quién fue el Peludo? Qué divino, Fue un radical, correligionario de tu Spumarola, hijo de un almacenero o algo así, Presidente de este país, por más señas, derrocado por Pochito Uriburu en 1930, En las veladas de gala, ocupaba ese palco que ves ahí, Todos los 9 de julio, que es cuando festejamos nuestra independencia, por si no te has enterado,

-Eso lo sabía -dijo Triclinio tirando el programa al suelo-, pero ignoraba que lo llamasen Peludo, y mucho menos que el general Uriburu fuese "Pochito",

-Pochito lo llama papá, que fue su amigo y camarada de armas, El caso es que al Peludo no le gustaba la ópera, fruncía el ceño, contrariado, en los pasajes más sublimes, de modo que la gente *bien*, que no podía tolerar esos desplantes, abandonaba el teatro airadamente en cuanto lo veían aparecer, Era increíble; bostezaba durante las arias de las divas, y su hija Elena, tan ordinaria como él, cierta vez tuvo el descaro de servir empanadas en el palco presidencial, ¿Te das cuenta qué ridículo? Otra vez exigió

que se cantara el Himno Nacional antes de empezar con el programa, y por razones técnicas no hubo más remedio que hacerlo cantar públicamente por un coro de sacerdotes egipcios, del segundo acto de *Aída*, Increíble, ¿verdad? Fue el mismo día que los granadaeros llegaron en tranvía al teatro, y ni siquiera lo saludaron,

Los granaderos en tranvía provocaron una carcajada en Triclinio, y ésta las miradas horrorizadas de las viejas de las butacas próximas,

-Por favor, Triclinio, no estás en Villa Violín -dijo Ufa educadamente,

Tal como ella lo había previsto, dos cantantes sostenían un diálogo apasionado en italiano y en francés, lo que provocó nuevas risas de Triclinio,

-Realmente esto se viene cada vez más abajo, Marcelo, en cambio, era maravilloso. Fue la mejor época, dice papá, de este país y de este teatro. Todos los cantantes europeos que recalaban en Buenos Aires lo conocían, acostumbrados a verlo a cada rato en París y otras ciudades civilizadas. *Anyway*, estuviese donde estuviese, él se las arreglaba para estar presente en los grandes estrenos de nuestro primer coliseo. Sabrás que su afición a la música lo llevó a casarse con una soprano, Regina, que era portuguesa. Ella muchas veces cantó en casa, cuando él le prohibió que cantase más en público. Yo era chiquitita entonces, pero puedo recordar que cantó algo de *I puritani*, en la sala donde ahora están esas escopetas más largas de papá. Marcelo -y supongo que te



habrás dado cuenta, tonto, de que te estoy hablando del presidente Alvear- era tan liberado que no parecía sudamericano. Alternaba el invierno parisino, para no perderse todos los estrenos, con el verano de Mar del Plata -que entonces era una playa como la gente-, atendiendo los asuntos del gobierno entre tragos y chapuzones, y atendía a los embajadores en pijama. Un tipo genial, que amaba la vida tal cual es, y la dejaba discurrir, por eso todo andaba bien. El Peludo, en cambio, era tan cavernario que cuando nada menos que Josefina Baker quiso bailar desnuda aquí mismo, en este teatro, se lo prohibió. ¿Te das cuenta qué retrógrado? Bueno, ahora viene el entreacto y tendremos que ir al foyer para que la gente nos salude. En la segunda parte estrenan una ópera australiana. ¿Cómo lo estás pasando? ¿Te imaginaste alguna vez que estarías en el Colón para el estreno de una ópera de autor australiano?

Seguidos discretamente por policías federales de paisano, bebieron una copita de jerez, respondiendo gestualmente a las grandes reverencias de criadores de vacas, acopiadores de granos, intermediarios de multinacionales e industriales irascibles. A cada uno Ufa, radiante de poder y de belleza, respondía con una sonrisa diferente, aferrada cariñosamente a Triclinio, que pese a sus atuendos no podía modificar su aspecto aindiado. A él lo saludaban con respeto patriótico, como si se tratara de un objeto de interés folclórico.

El discípulo de Spumarola se asomó a un espejo, dejó

vagar su mirada diaguita por el frac, llegó hasta el brillo exagerado de los zapatos de charol, se miró de perfil palpando su mentón, y viendo que Ufa lo contemplaba embobada y que además no le soltaba las manos para que no pasaran frío ("tus manos valen más que todo este teatro", le había dicho), se sintió un Paganini. Los vaticinios de Spumarola empezaban a cumplirse inexorablemente.

Y era seguro que a partir de ahora, tanto su cuestionada situación violinística como la democracia patrocinada por el partido político de su maestro, verían abrirse por fin las generosas puertas del tan negado porvenir.

## REPIQUETEANDO SU TAQUITO EN LA VEREDA

Se estaba levantando el telón cuando alguien de los Servicios de Inteligencia le habló a Ufa al oído diciéndole que seguramente iba a pasar algo en el estreno de esa noche.

Mientras el jerez enrojecía la piel y levantaba el ánimo de Triclinio, la inquietud por lo que podía suceder dibujaba líneas y pintaba colores cromáticos en las partes visibles del entero cuerpo de Ufa, hasta dejarla altamente erotizada. Advirtiendo Triclinio esta circunstancia, miró bien a Ufa por primera vez y la acarició.

-Please, Tricly -dijo sin dejar de observar cuidadosa el vestuario de los solistas que acababan de salir a escena, un canguro y un ornitorrinco, lo cual de por sí ya era un desencanto que demostraba la vulgaridad folclórica del tema.

-Qué bestias más horribles, se merecen lo que pueda pasarles -comentó Ufa viendo correr hacia el pie del escenario a varios policías de paisano y a otros uniformados, que sospecharon inmediatamente, por la catadura de los cantantes, que podía tratarse de otra infiltración de música subversiva de los terribles artríticos.

Después del preludio, evidentemente destinado a

enrarecer el clima de solemnidad que había en la sala, el canguro cantó con voz de tenor;

*Soy un canguro  
tu ay tu ay  
bastante herbívoro  
tu ay tu ay,  
Si ando a los saltos  
tu ay tu ay  
me las aguanto me las aguanto tu ay tu ay,*

El ornitorrinco, con una desentonada voz de tiple, respondió;

*Ornitorrinco  
tu ay tu ay  
pájaro y pico  
tu ay tu ay  
parezco raro  
tu ay tu ay  
mas soy mamífero mas soy mamífero tu ay tu ay*

El canguro;

*Eres mamífero  
tu ay tu ay  
mezcla de pato*

*con albañal  
eres mamífero  
tu ay tu ay  
mas sin pezones mas sin pezones tu ay tu ay.*

El ornitorrinco:

*Tú eres didelfo  
tu ay tu ay  
y un pobre herbívoro  
tu ay tu ay  
y me dan asco  
tu ay tu ay  
tus epipúbicos tus epipúbicos tu ay tu ay*

El canguro:

*Yo te detesto  
tu ay tu ay  
por la ornitosis  
tu ay tu ay  
que desarregla  
tu ay tu ay  
nuestras faringes nuestras faringes tu ay tu ay*

El ornitorrinco:

*Bestia peluda*

*tu ay tu ay*

*furgón de cola*

*tu ay tu ay*

*a la ornitosis*

*tu ay tu ay*

*sólo la tienen los papagayos tu ay tu ay*

-Me recuerda la payada entre Martín Fierro y el Moreno -  
comentó Triclinio.

El canguro;

*A tus sandeces*

*tu ay tu ay*

*las echo en bolsa*

*tu ay tu ay*

*yo soy peludo*

*tu ay tu ay*

*mas tú andas siempre mostrando el culo tu ay tu ay*

-Esto se está poniendo espeso. Mejor vayamos haciendo  
mutis disimuladamente -dijo Ufa levantándose.

Mientras se retiraban, el canguro y el ornitorrinco,  
reconciliados, iniciaban un dúo musicalmente hermoso;

*Al fin de cuentas*

*tu ay tu ay*

*somos de Australia*

*tu ay tu ay*

*tierra ocupada*

*tu ay tu ay*

*que descubrieron los españoles tu ay tu ay,*

-Hay que salir ya mismo de aquí, pueden suceder cosas muy desagradables. Y esto es obra de tus amigos. De los seis artríticos. Conozco perfectamente su estilo. No es la primera vez que hacen llegar subrepticamente sus partituras acá. Y los estúpidos incautos de los músicos y del director no se dan cuenta. O son cómplices, lo más probable. Y te diré que no moveré un solo dedo para evitar la fumigada que les va a costar esta broma. Esta vez terminarán en el hospital o en el calabozo- dijo Ufa indignadísima.

El dúo proseguía;

*Pero más tarde*

*tu ay tu ay*

*fueron ingleses*

*two I two I*

*fueron ingleses*

*y nadie más*

*los que agarraron los que agarraron el bumerang.*

El primer bote de gases lacrimógenos cayó justo entre los dos solistas, a todas luces artríticos. Ufa, indignada, trataba de hablar con el jefe que daba las órdenes, pero se lo impedían los gritos de una nube de señoras histéricas y gordas.

El canguro y el ornitorrinco seguían cantando como si no pasara nada, aunque sin el acompañamiento de la orquesta, que se desbandaba con el público.

-Salgamos de una vez. Te advertí que este teatro era un lugar *démodé*.

Desde la puerta intentaron oír la última estrofa, pero las palabras ya eran inaudibles, se apagaban las luces y sonaban las sirenas;

Después de comer una pizza en "Las cuartetitas", Ufa había perdido los rubores de su enojo pero seguía deliciosa.

-Tendrás que perdonarme, Triclinito. Pensaba invitarte a cenar en casa, pero seguro que con esto a papá le ha bajado un tremendo dolor de cabeza, y no tendrá el ánimo para hablar de música contigo. Será mejor que vuelvas con tus amigos y trates de convencerlos de que no es ésta la conducta adecuada. Acá tenés el carnet que te prometí. Mañana mismo, si querés, podrás ser recibido por el presidente.

Le acarició fraternalmente una mejilla.

-Te adoro, Tricly -dijo apartándose.

Se alejaba hacia Plaza de Mayo haciendo repiquetear su taquito en la vereda.



## EL TRINO DEL DIABLO

El Presidente, que había destituido al general Leporino telefónicamente, estaba sentado hacia el fondo de una sala que era el digno remate o conclusión de los pasillos interminables y de otras salas de paso que Triclinio había tenido que recorrer antes de llegar allí. Un tema de Telemann, en sonido cuadrofónico, era el "ambiente" que flotaba. En la enorme cara del mandatario Triclinio vio, agrandados o exagerados, los finos rasgos de Ufa, ligeramente masculinizados, y halló que era un rostro bondadoso, por lo que le pareció que todo lo que se decía sobre torturas no era verdad.

-Siéntese, por favor -le dijo el Presidente sin quitarse la gorra-. Veo en su ficha que usted abandonó las posibilidades concretas que había en su provincia para dedicarse al violín, por consejo de un dirigente político del radicalismo. Luego abandonó su provincia, donde obviamente no se necesitan violinistas, y se vino aquí, donde todos lo son. Problema típico. O sea que para competir tendrá que perfeccionarse más allá de toda perfección y, aun así, después confiar en la suerte si es que a esa altura todavía desea conseguir una ubicación. Le advierto que son

muy pocos los que llegan. Pero en el padecimiento de la búsqueda permanente está la única posibilidad de averiguarlo, ¿no le parece?

-Sí señor -dijo, pero un edecán le informó que sólo debía responder cuando se le preguntase algo formalmente, y el "¿no le parece?" utilizado por el presidente era un modo de hablar, no una pregunta concreta.

El mandatario prosiguió:

-Bien, Ahora le haremos unas preguntas de rutina, para completar los datos que nos permitan ayudarle eventualmente a conseguirle una ubicación.

Otro edecán se acercó papel en mano y comenzó a preguntar rápidamente en el habla de Buenos Aires:

-¿Sabe escribir a máquina, conducir camiones hidrantes, amaestrar un perro policía? No sabe. Bien. Tranquilo que no pasa nada. ¿Andar a caballo, manejar una ametrayadora? Tampoco. Puede tomarse todo el tiempo que quiera para contestar. ¿Preparar un interrogatorio, forzar cerraduras y candados? Nada. ¿O manejar una picana eléctrica? No sabe lo que es. No se preocupe, estamos entre amigos.

El presidente levantó una ceja ordenándole así al funcionario que suspendiera las preguntas. Con la otra se dirigió al burócrata que estaba a su izquierda ordenándole que proyectase sobre la pared la radiografía íntima de Triclinio.

-Ahí vemos -dijo el estadista con voz de médico que nunca duda- que usted normalmente no razona porque siempre

tiene la cabeza llena de sonidos, Esto, evidentemente, le impide ver la realidad, Nada grave, claro, Lo peligroso sería que no quisiera verla, que no es lo mismo, Usted vive en los sonidos, porque el sonido es bello, Admitamos que lo bello es necesario a la existencia, porque la belleza es la dimensión humana de la realidad, He dicho "humana", término que no considero excluyente, Porque el mundo sólo es humano en partes ínfimas, Los que tienen la tierra y el dinero y todo lo demás, éstos sí saben mirar la realidad tal como es, Lo saben perfectamente desde que nacen; antes de ir a la escuela ya lo saben, Ustedes, no, Y el destino que les espera no puede ser otro que Villa Violín, La vida es triste, mi querido amigo, Triste y simple,

Triclinio consideraba que el presidente le hacía un honor al dirigirse a él con palabras, porque a sus ministros y demás allegados los manejaba con sus cejas, Eran altas y arracimadas, gruesas y enigmáticas, maleables y persuasivas,

Sin entreabrir los labios, apelando a una simple actitud de la comisura, que combinó con un movimiento de ceja izquierda, ordenó que cesara inmediatamente la música ambiental de Telemann,

-Quiero advertirle además, sin que mi advertencia tenga nada que ver con cualquier intención compulsiva -prosiguió el presidente, de enorme cabeza braquicéfala y manos poderosas- quiero advertirle, antes de que empiece a tocar, que sé perfectamente que usted es el feliz propietario del violín que usó San Francisco Solano para convencer a los

indios de la inutilidad de la violencia. No tema, no lo divulgaremos. Otros secretos más difíciles hemos guardado durante años. Y ahora toque, por favor.

Después de afinar la segunda cuerda, miró al ilustre oyente pidiéndole aprobación antes de afinar las otras.

-Es un buen la, Prosiga -dijo el presidente ilegal.

Estaba por empezar a tocar cuando sintió que el piso se movía ligeramente. Al principio creyó que era una ilusión de movimiento provocado en la alfombra por su torpeza provinciana, pero oyendo mejor comprobó que se movía, con todo el edificio, a pequeños intervalos. Para un oído no habituado a la música, hubiera pasado inadvertido. Pero no para él. Tampoco para el Presidente, que consultó a dos de sus edecanes con sendos brillos de sus ojos. Estos dijeron que se trataba de pequeñas molestias auditivas procedentes de los sótanos, que desaparecerían en cuanto empezase a sonar la música.

Triclinio se apoyó en sus piernas y atacó decidido la *Romanza* de Sarasate. La acústica de la sala era una delicia. El primer mandatario, dejándose llevar por los sonidos, dejó caer el peso de su enorme cuerpo en dulces alucinaciones. Ministros y ayudantes, en cambio, permanecían rígidos y con los ojos saltones mirando las pantallas que discretamente, aunque a todo lo ancho de una pared, daban las cotizaciones del mercado de hacienda y las fluctuaciones rítmicas del dólar.

De pronto uno de esos datos luminosos alarmó seriamente

a los del entorno del mandatario, contuvieron la respiración sin saber qué hacer, y luego, cambiando inteligentes miradas entre ellos, decidieron no interrumpir las ensordecidas del plácido oyente, que mecía su cabezota al ritmo de la música.

Cuando ejecutaba esta *Romanza* sin acompañamiento, Triclinio, al terminar, oía mentalmente el acorde final del piano, un *tan* que era absolutamente necesario para quedarse en paz con la partitura. Pero esta vez no le dieron tiempo, alguien a sus espaldas se le adelantó entonándolo en voz alta, una muchacha que, cuando él se dio vuelta para mirarla, le sacó la lengua y le dijo:

-Genial, bárbaro, divino; tocás como los dioses.

Era Ufa, desfigurada por sus atuendos oficiales de paisanita criolla, trenzas y una cinta blanca sujetando el cabello renegrido, cintas del mismo color en el extremo de las trenzas, un rebozo sobre los hombros. Idéntica a la campesina con cara de tonta que aparece en los paquetes de yerba marca "Salus"; sólo le faltaba el mate.

-Bueno, bueno; no me gusta elogiar, pero realmente es usted un verdadero músico -dijo el cabezota sintiendo que las orejas y las cejas se le movían al mismo tiempo, solas y por su cuenta, de la pura emoción que lo dominaba.

Triclinio enrojeció, sus rubores fueron captados por los fogonazos de las cámaras de los periodistas, que aparecieron detrás de un biombo.

-Sin embargo -dijo el Presidente menos por convicción que para contener sus impulsos emotivos-, he detectado un

pequeño fallo.

Ufa empezó a mover negativa e incisivamente la cabeza, dispuesta a no parar hasta que su padre se rectificase.

-Sí, Ufita, sí -dijo el grandote; es un defecto que tienen todos los violinistas de este país. He advertido, joven, que usted fue asiduo, simultáneamente y sin saber con cuál quedarse, de dos escuelas del mecanismo del arco: la franco belga por un lado, y la rusa por el otro, si no me equivoco.

Triclinio asintió, Ufa dejó de decir que no con la cabeza. El grandote, dirigiéndose verbalmente por primera vez a sus ayudantes, y en tono airado, como si ellos fuesen los culpables de ese problema de arcos, les dijo ásperamente:

-En este país no funciona bien absolutamente nada por razones parecidas a ésta. Es preciso tomar nota y estudiarlas a fondo. Y usar la cabeza para comprenderlo. Si es que pueden, claro. *Anyway* -agregó suavizando la voz y dirigiéndose a Triclinio-, es lo mejor que he oído en los últimos tiempos. Lástima que todo eso no sirva para nada en este bendito país hecho de vacas y nostalgias. ¿Me permite un momento su violín?

Repasó la afinación, y tras una vacilación brevísima, al advertir que el edificio de vez en cuando tiritaba, atacó unas escalas descendentes con una precisión escalofriante. Se detuvo para quitarse la gorra, que descubrió unos cabellos casi amarillos. Reinició la ejecución, pero no

teniendo todavía la suficiente libertad de movimientos para las arcadas muy precisas, se quitó también la espada y la pistola, que colocó sobre la mesa junto a la gorra, y atacó sin vacilar, después de aspirar una gran cantidad de aire, la sonata "El Trino del Diablo", de Tartini,

Tocaba como si no hubiese hecho otra cosa en su vida, Vigor en su brazo derecho, que sin embargo parecía una mariposa en los pasajes delicados; desmangue perfecto de la mano izquierda; actitud de máximo relajamiento; concentración; sonido visceral, como dirían los periódicos del día siguiente,

Triclinio, preocupado por la oscilación de las paredes, que lo distraían de la música, vio que Ufa le hacía señas a su padre para que dejase de tocar, y vinculó el hecho al temblor del edificio. Cuando el Presidente bajó el arco, ella se le acercó filialmente y con mucha suavidad le quitó una charretera, la de la izquierda, para que pudiese tomar mejor el instrumento. El aceptó con buen semblante y siguió ejecutando la obra de Tartini, a partir del compás donde quedó interrumpida,

-¿La digitación de Sfilio? -dijo Triclinio a Ufa viendo qué dedos usaba su padre en las escalas cromáticas,

-Exacto. El estudió los semitonos por Sêvčík, pero después se pasó a la escuela italiana. Es bárbara,

-Bueno, no puedo con el resto -dijo el Presidente secándose el sudor y extendiendo la mano en despedida hacia Triclinio, que estrechándosela le dijo;

-Es una obra muy difícil, se necesita estar en dedos,

El mandatario se dirigió hacia sus ministros y ayudantes, que esperaban impacientes intentando atender los veinte o treinta teléfonos, que sonaban todos al mismo tiempo, Pero viendo que Ufa y Triclinio se tomaban tiernamente de la mano, se detuvo un instante sintiéndose padre y dijo:

-Lo que verdaderamente lamento es no poder hacer nada inmediato por usted, Aunque a las armas no las tenemos de adorno, el poder no es enteramente nuestro como quisiéramos, Y es muy feo tener ilusiones inútiles, De modo que por ahora no puedo prometerle nada,

Se alejó seguido por una nube de acreedores y escribanos irascibles, terrible forma física del implacable flagelo de la deuda externa,

Cerca de la puerta de salida Ufa, aferrándose a Triclinio como si se la estuviera por llevar el viento, le dijo:

-Tengo mucho miedo, No sé si tus amigos saldrán con vida de ésta,

-No entiendo -dijo Triclinio,

-¿Será posible que nunca entiendas nada? ¿O no has oído cómo temblaba el edificio?

-Sí, claro que he oído, pero no sé de qué se trata,

-¿Y no te das cuenta de lo que está pasando?

-Francamente, no,

-No entiendo cómo podés no darte cuenta de lo que pasa,



¿De qué manera no te das cuenta?

-Siempre se me llena la cabeza de sonidos, ya te lo dije. Desde que papá me habló por primera vez de Paganini al lado de la acequia. Y a veces esto me desespera, porque me gustaría saber lo que pasa.

-Tricly; cuando estabas empezando a tocar, tembló el edificio. Supongo que te diste cuenta.

-Sí. Y creí que estaban por voltear a tu padre. He visto caer a otro presidente.

-Ojalá hubiera sido eso. Hasta él lo hubiera preferido. Antes de contarte lo que realmente pasaba te diré cómo es mi padre, para que tu juicio sobre él no sea tan severo. Porque después de saber lo que ahora mismo está pasando, no vas a querer volver a mirarme a la cara, ni tampoco a mi padre. Papá fue muy feliz hasta que, arrastrado por unos impulsos que le vienen de sus ancestros, y que son también los míos obviamente, se le ocurrió que debía regir este país. Son impulsos históricos congénitos, para los que no hay remedio, salvo la destitución. Hoy, con tu presencia y tu violín, le has devuelto un poco de su antigua libertad. Hoy hubiera sido uno de sus mejores días si el edificio no hubiese temblado de esa forma. Fue por eso que dejó de tocar, no porque no pudiera con el resto de la partitura. Y quiso despedirse enseguida de vos para que no te enteraras de nada. De lo contrario hubiera seguido tocando hasta la santa hora, y la cosa hubiera seguido en casa, como en tiempos de la Pacini.

-Está bien; pero qué es entonces lo que pasa,

-Eran los ruidos de las torturas que se hacen en el sótano,

-Para mí -dijo Triclinio tratando de disimular los latidos feroces que empezó a dar su corazón estremecido por el miedo-, desde que nací casi todo anduvo mal; pero esto de las torturas no me lo imaginaba, no sabía que existiese. Entonces quiere decir que la música no existe,

-Todo lo contrario, ahora debe existir más que nunca, mi querido. Pero todavía hay algo más, será muy duro pero tengo que decírtelo; es a tus amigos a los que torturan; a los seis artríticos. Y dos de ellos, bueno, han muerto. Murieron cuando papá dejó de tocar -dijo Ufa sollozando,

Triclinio sintió que los sonidos que habían ocupado hasta ahora su mente apartándolo del mundo, se borraban para siempre, dando paso a un terrible conocimiento del dolor. Simultáneamente, cambiaron los rasgos de su cara y el brillo de sus ojos, y todo en él se volvió hirsuto,

-Y ahora qué harás -dijo Ufa asustada,

-Todavía no lo sé. Pero algo haré para acabar con los torturadores. No puedo tolerar la muerte de esos dos artríticos,

## HAMELIN

Con un disfraz de ciego que le prestaron se instaló cerca del Colón. Como los violinistas mendigos eran muchos (uno cada diez metros en casi todas las calles), lo recaudado al final del día apenas le alcanzaba para un sandwich y pagarse una cama en los sucios hoteles de una noche.

El violín de Paganini, según las revistas de historietas, tenía pactos secretos con el Diablo. El suyo, por ser de signo contrario, los tenía nada menos que con el Santo, y claro, sonaba de un modo celestial. Esto ponía en desventaja a los demás mendigos sonoros, que recibían menos limosna que él. Entonces, para equilibrar un poco las cosas, procuraba desafinar, tratando de tocar al lado de las notas, así de paso rendía un homenaje a los dos violinistas artríticos sacrificados en los sótanos de la Casa de Gobierno.

Estaba tan cambiado, no tanto por su disfraz sino por su modo enteramente hirsuto, que ni siquiera uno de los cuatro sobrevivientes, que pasó una tarde por allí camino de Villa Violín tras abandonar el hospital, pudo reconocerlo. El artrítico, atraído por el sonido celestial, se detuvo un

instante, pero enseguida, bostezando ante el concierto de Mendelsshon que tocaba Triclinio, le echó una fusa de alambre en el sombrero diciéndole;

-Perdón hermano, pero es lo único que tengo,

Una de esas tardes melancólicas, de tristeza de tango y de llovizna, mientras tocaba la *Romanza* de Sarasate oyó el repiqueteo por la vereda de unos taquitos inconfundibles,

Ufa lo reconoció por el sonido y se detuvo, con un insoportable nudo en la garganta, El dejó de tocar, sentía la conmiseración de ella como un fuego próximo,

-Ki ji, ki ji -lloró Ufa en otro idioma, El no se dio por enterado, se encerró en su mutismo hirsuto, en un silencio con calderón muy significativo, que en música quiere decir simplemente esperar un tiempo más, pero que aquí estaba señalando un camino,

-Ki ji, ki ji -sollozó Ufa-, Con esto me has demostrado lo poco o nada que significo para ti,

Ella abrió su repleto monedero, buscó una moneda de medio dólar de plata con la efigie de Kennedy, se la echó en el sombrero y se alejó por la vereda crepuscular, Triclinio, para no entristecerse con el repiqueteo de los taquitos, atacó alegremente un tema de Guastavino,

Hacia el anochecer de otro día estaba con el "Capricho 24" de Paganini, que atraía hasta a los desorejados, simplemente por los malabarismos circenses del arco, cuando oyó el *toc toc* del bastón de un rengo que se detenía,

-Hijo querido -deletreó la inconfundible voz de un

vejestorio que lo trasladaba a su infancia riojana-, ¿no te acuerdas de mí? Soy el viejo Spumarola, ya casi tu discípulo, casi tu nieto,

Triclinio se dejó abrazar, pero no respondió ni una palabra, para no contaminar con nada el camino que, con aquel silencio, se estaba abriendo entre él y los torturadores,

-Jamás oí una ejecución más perfecta de ese *Capriccio*, ¿Y a pesar de esa técnica vives en la miseria? ¿O simplemente disimulas y eres rico con cuentas en los Bancos?

El músico permaneció en su silencio con calderón,

-¿Te importaría alterar un poco este encuentro, dejar de ser tú el mendigo y prestándome tu condición echarme unas monedas en el sombrero? Es para librarme de Villa Violín, estoy a un paso de caer allí y ese destino me horripila,

Triclinio le echó unas monedas sin salir del silencio, desde el cual, escondido, esperaba oír el paso de los torturadores,

-Las cosas tienden a cambiar, es casi seguro que cambiarán -dijo el vejestorio guardando las monedas, -Ahora mismo estamos reorganizando el Partido, renovándonos, créeme, tenemos un plan ultramoderno, ya verás cómo cambiará todo cuando llegemos al poder. Tenemos una impresionante cantidad de nuevos afiliados,

-No debí disfrazarme de ciego sino de mudo -dijo Triclinio fastidiado tapándose los oídos en defensa de un silencio cada vez más propicio a su celosa acechanza, Las

Últimas palabras del viejo llegaron como un ruido:

-Chopin fue muy ingrato con su profesor Elsner. Esa parece ser la ley en la historia de los músicos. No te molestaré más. Soy mendigo en otra calle, más abajo, pero por mi artritis no puedo tocar. Así que junto al instrumento he puesto un cartel que dice: "El ya no puede tocarme. Por favor, déle algo al abuelo". Me quedo quietecito, apenas si respiro, y mucha gente a pesar de todo me deja unas monedas. Con eso voy tirando. Hijo; sé que tu situación difícil pasará y que muy pronto el Mundo se pondrá a tus pies, mejor dicho a tus manos.

Eso estaba diciendo Spumarola cuando un camión municipal de limpieza lo alzó en vilo y se lo llevó calle abajo.

Una noche Triclinio escuchó, en sueños, una música que ejecutaba el Diablo en la penumbra de un gran sótano mientras se oían, como acompañamiento de la misma, los gemidos de unos artríticos.

Unos hombres sin rostro, lisos como cabezas de muñecos sin terminar, colocaban los dedos corvos de los seis artríticos en la pequeña luz que había entre una puerta metálica y su marco. Luego la cerraban, a veces violenta, a veces lentamente, y el crujido de los huesos se mezclaba a los lamentos y a la música.

Entonces el arco del violín del Diablo saltaba como un tigre enloquecido, sobre las cuatro cuerdas iba y venía y no sabía adónde ir, golpeando a veces con las cerdas y otras

con el leño, como cuchillo hurgando entre el cordaje iba el arco satánico,

Hasta que agotados los sonidos y las distancias del encordado, el arco desesperado iniciaba sin saberlo su propia destrucción, su delicada madera se fragmentaba y crujía como si una puerta al cerrarse estuviese rompiéndolo,

Triclinio, despertado por el ruido de su corazón y con la música del sueño grabada en su memoria, tomó el violín y salió con las primeras luces de la madrugada hacia su puesto callejero, sintiendo que el camino hacia los asesinos estaba abierto,

No habría ejecutado ni diez compases de la música soñada cuando veinte o treinta motos se detuvieron junto él. De ellas descendieron unos hombres sin ojos ni nada, de rostros lisos como muñecos sin terminar, y le dijeron que si dejaba de tocar eso le darían lo que quisiera,

-Quiero todos los instrumentos de tortura -dijo el músico,

Y en el acto sintió que caían a sus pies las formas más horribles que habitan los metales,

Viendo que la calle era estrecha para la cantidad de vehículos que se detenían, llenos de hombres nocturnos que casi gimiendo le pedían que dejara de tocar, fue tocando hasta Paseo Colón, seguido por una nube de torturadores,

A medida que avanzaba, los hombres heridos por su música se descolgaban de las ventanas de los pisos altos o aparecían por las claraboyas de los sótanos, o en las bocas

del alcantarillado, y seguían al músico, llevando a duras penas, como si les quemasen las manos, sus instrumentos de tortura.

Y era tan larga la cola, que los torturadores colmaban los puntos cardinales.

La gente se asomaba a los balcones, como en las invasiones inglesas, a contemplar el espectáculo de la nueva liberación de Buenos Aires. Y veía la larga procesión de ratas, como en la historia de Hamelin, detrás del maravilloso violinista.

Las ratas lloraban como arrepentidas tratando de ocultar sus leznas o sus dientes eléctricos, sus puffales retráctiles o sus penumbras propiciatorias, sus palabras de sombra o sus trinchetas, pero todo el mundo los estaba odiando y no se olvidaba de ellos ni tenían la menor intención de perdonar.

Las madres, viendo que a medida que se incorporaban torturadores, a él le resultaba más difícil arrancarle sonidos al instrumento, alentaban a Triclinio y le pedían que aguantara hasta acabar con el flagelo; sus hijos, desde las azoteas para ver mejor, alzaban pañuelos y banderines.

Ya en el río, el músico trepó a lo alto de la vela de un barco, donde siguió tocando el tema oído en sueños, a doble y triple cuerda, mientras los torturadores, inducidos por la música, arrojaban sus instrumentos al agua. Tan pesados, que los arrastraban a ellos.

Sin poder soltarlos, se hundían removiendo el agua, levantando olas turbulentas como agitadas por la cólera de



cien mil tiburones,

Cuando se puso el sol dejó de tocar. El ruido de las aguas agitadas duró toda la noche. Al amanecer, todo había concluido. Las ventanas de los balcones estaban cerradas, la ciudad dormía, desde lejos llegaba la sirena de un barco, y las aguas del Río de la Plata se adormecían serenísimas.

Triclinio dejó salir, como si se le cayese del rostro, una sonrisa senil que se reflejó en el agua mientras él contemplaba, a través del mar y del tiempo y desde lo alto del mástil, las luces del anchuroso mundo.

DE COMO FUE CORREGIDO  
EL ERROR INICIAL DE LOS FUNDADORES

Cuando acabó de salir el sol, el espacio estaba tan limpio que los pájaros, en vez de volar, flotaban. Triclinio bajó del mástil y caminó por las calles recién iluminadas. Las mujeres cantaban limpiando aceras y cristales, y se asombraban de la transparencia que tenía el aire. La gente, sin conocerse, se saludaba aparatosamente, con palabras alegres que se desplegaban como grandes sombrillas, y los que ignoraban la hazafia de Triclinio no podían explicarse las causas de esa desmesura comunicativa. Desde los parques los ancianos jubilados saludaban al músico enarbolando reverencialmente sus bastones, y en las plazas principales, aguardando su arribo, las muchachas en flor proyectaban unas sombras casi melodiosas.

El gobierno del padre de Ufa resolvió ignorar lo sucedido, dándolo por no hecho, y ningún periódico ni revista se animó a dar la noticia. Salvo un pasquín de Cruz del Eje, que la publicó como ficción, diciendo que se trataba de un trabajo enviado por uno de sus suscriptores. Un mes más tarde, los servicios de inteligencia remitieron un ejemplar a Buenos Aires. Entonces se resolvió su

clausura, pero la orden no llegó a cumplirse porque el pasquín ya había desaparecido, por falta de lectores.

Cuando el Presidente tuvo ante sí el texto del decreto por el cual se resolvía la desaparición física del violinista riojano, sus cejas se movieron indecisas, a destiempo. Sentir que mientras una subía la otra bajaba, le produjo un tremendo desasosiego. Ideológicamente, deseaba la muerte de Triclinio. En ese campo, entre su deseo y el hecho no había ningún obstáculo, y disponía de todos los medios posibles para llevarlo a cabo. El camino estaba libre, no había más que transitarlo. Pero en cuanto daba los primeros pasos, aparecía la imagen de Ufa, el entusiasmo con que hablaba de Triclinio, las ilusiones de la juventud. Ufa, con su imagen más vulgar (la del paquete de yerba), su versión criolla con trenzas y mofitos, salvaba al violinista de la muerte. Y todo eso, además, estaba reforzado por el sonido de un violín increíble.

Como si se tratara de los platillos de las antiguas balanzas, el Presidente Ilegal colocó en una de sus cejas la acción delictiva de Triclinio, en la otra su maravillosa técnica y el no menos maravilloso sonido de su violín. El más listo de sus ministros hizo una atenta lectura de ellas, y dictaminó que estaban en equilibrio. Lo cual equivalía a conmutarle la pena de muerte por un destierro permanente en Villa Violín, a la que consideraban una cárcel, ignorantes de que dentro de ella los artríticos habían impuesto la perpetua libertad de la música.

Agobiado por la vejez prematura, revelada por el toc toc del bastón que lo acompañaba como un nieto, Triclinio fue a comprar un billete de tren para La Rioja.

Allí le dijeron que podían venderle pasajes para las provincias vecinas, pero nunca para La Rioja, que había sido dividida y repartida, por razones históricas, entre sus hermanas más próximas. Con la nueva división política, la parte cordillerana había quedado para San Juan, el norte había sido cedido a Catamarca y el resto formaba parte legalmente del territorio de Córdoba. El texto del decreto correspondiente incluía un breve párrafo dedicado a su fundador Juan Ramírez de Velasco, agradeciéndole tanto a él como a España los servicios prestados y liberándolo de toda responsabilidad histórica.

Irónicamente, el párrafo dedicado a Ramírez rezaba: "Otrosí decimos, que el fundador y todo aquel que le hubiere acompañado en la empresa, sea históricamente indemnizado".

Los nuevos dueños, en la Casa de Gobierno instalaron una fábrica de salchichas. Por la nueva dinámica impuesta a la ex provincia, el gobernador pasó a ser ordenanza en la municipalidad de San Juan. La historia provincial, trágicamente heroica, fue motivo de chistes y, en el mejor de los casos, de letras de zambas mal rimadas. Los legendarios hacheros de los Llanos fueron castrados, y sus mujeres inseminadas artificialmente con espermatozoides traídos del Japón. La ciudad capital se convirtió en una sala de ventas de revistas viejas, y las del interior fueron

aradas y sembradas. El obispo, que se resistió al plan de reconversión, fue descendido a monaguillo por orden del Cardenal Primado. Finalmente los perros, los burros, los gallos y los vendedores ambulantes, fueron unificados bajo el rubro "Varios", embalados y remitidos a cualquier país en pago de una deuda. Algunos folcloristas escaparon y se quedaron durante algún tiempo ocultos entre los matorrales próximos a las aldeas devastadas. Se dice que en las noches más tristes y oscurísimas, todavía suele oírse su canto lastimero entre los montes. Pero nadie puede dar con ellos, ya convertidos en leyendas.

Al padre Francisco, tras confiscarle los violines, le quitaron los hábitos y medio desnudo lo soltaron en medio de una noche y de unos montes totalmente despoblados, donde se dice que se unió a los folcloristas desaparecidos y que junto a ellos, ya desde el territorio de las leyendas, se aparece en las noches de luna, gimiendo o cantando, y sus voces se pierden entre los cerros.

Le contaban estos hechos mostrándole recortes de diarios y mapas con las nuevas formas que tenían las provincias enriquecidas por el reparto.

Viendo que sus raíces habían desaparecido, que no tenía adónde ir ni tampoco un lugar donde volver, contempló la inmensa Buenos Aires como interrogándola.

La ciudad había perdido la transparencia de esa mañana, cuando toda ella era observable desde cualquier parte. Ahora estaba oscura como antes del ahogamiento de las ratas.

Apenas podía ver los edificios de la calle por donde iba, mientras llegaba a sus oídos, desde los sótanos, el gemido de los metales que a golpes de calor y de martillo se convertían en nuevos instrumentos de tortura,

De todo, le quedaba el violín, que tendía a disminuirse, a empequeñecerse hasta llegar al tamaño de una moneda que se arroja al Támesis o al Sena, al Rio de la Plata o a la laguna de Villa Violín. Con hambre y frío, se acurrucó en un umbral y se durmió.

El implacable camión de la basura que se llevó a su maestro Spumarola llegó puntual como la muerte. A pesar de que lo consideró un sueño, se sintió alzado por unos basureros musculosos, y transportado entre papeles sucios, corchos de botellas, latas de tomate, ropa vieja y cáscaras de frutas.

Despertó en un basural y se quedó mirando la moneda que le había dado Ufa, mientras cubría el violín con su poncho protegiéndolo de las emanaciones.

Caminando hacia cualquier parte, no tardó en descubrir la laguna que separaba a Buenos Aires de la ciudad de los artríticos.

Risueña, le llegó la voz del padre borrado: "Entonces Paganini, contemplando las aguas del Támesis y después las del Sena, arrojó sobre ellas la última moneda que le quedaba".

No sólo sin recuerdos tristes; con alegría después de oír aquella voz lejana, arrojó el medio dólar de plata a la

laguna,

Pensando a Villa Violín como su patria verdadera iba entrando por las sinuosidades de las calles-cuerdas de la pequeña ciudad de los artríticos,

## TIERRA NATAL

Enseguida avistó a los seis artríticos, que habían salido a esperarlo. Al acercarse más pudo ver que los dos fallecidos en la tortura habían sido sustituidos por otros casi idénticos. El los sintió como si fueran los originales, sólo que dentro de otra piel y de otros cuerpos, y era como si continuasen vivos. Los dos sustituyentes sonreían, los otros tenían la cara como endurecida o cuajada en un gesto melancólico.

Los seis, a los que enseguida se sumó la orquesta en pleno, es decir, todos los habitantes de la villa, lo recibieron en la Avenida de la Tastiera haciendo sonar instrumentos parecidos a guitarras y cantando canciones como las de su tierra.

Sobre el Puente, la clave de Sol de alambre había sido convertida en un arco de entrada, como el que daba acceso a su desaparecida ciudad.

-Igualito que allá -comentó Triclinio seguido por unas abejas que fueron soltadas justo a tiempo, como si



perteneciesen a una partitura.

En las calles había cactus y burros sofolientos, y en todas las esquinas quioscos de revistas usadas. Reconoció la Catedral, los clubes deportivos y las tabernas folclóricas. El instrumento-estatua había sido modificado externamente para que pareciese la Casa de Gobierno. Al fondo de la villa estaba el cerro Velasco, que recordaba al fundador de la ciudad, hecho con cartones y arpilleras. Y en una orilla la capillita donde el padre Francisco le regaló el violín del Santo.

Los músicos dejaron de tocar y llevándolo de la mano le mostraron todo eso. Las asistentes sociales se habían teñido la cara con carbón para ser tan morenas como las muchachas de los campos riojanos, y como ellas, caminaban tímidas y lentas ante la presencia del violinista. Varios lustradores de botas se acercaron rogándole que se dejara lustrar el calzado. Les dijo que no podía porque los zapatos que llevaba no eran suyos.

Con pedazos de espejos traídos del basural próximo, los artríticos habían conseguido que el escaso sol de ese día restallase por todas las calles de la ciudad reconstruida. De las arpilleras de la montaña fingida llegó en eso un balido de cabritos auténticos.

Sobre una bicicleta torcida rescatada del basural, pasó un muchacho imitando con la boca el zumbido de las motos con escape libre, mientras otros, con canastos colgados de los brazos, pregonaban empanadas, pasas de higos y verduras, o

simplemente entonaban palabras borrosas en forma de lamento, de significado imposible.

En el Poniente apareció un cerro más alto que el Velasco. Era el Famatina, con harina en su cúspide simulando los "palomares de la nieve" mencionados por su poeta.

-Las minas de oro y plata que nos dijiste que hay en el Famatina, obviamente no pudimos hacerlas. Todo lo que ves, está porque lo contaste. Si falta algo, es por tu olvido o tu omisión -dijo el menos artrítico de los seis.

-Esta -dijo Triclinio deteniéndose ante una casita hecha con bolsas de plástico- era la casa de un vecino nuestro.

-Claro, y aquélla es la tuya -señaló un artrítico.

Era su casa, tal como la dejó el día de la violación por la policía, con los atriles doblados, las partituras rotas, las colmenas vacías, su padre en la piecita del fondo, aunque no atado ni amordazado como aquella vez.

En nada se parecía al original, pero con la misma voz muy dulce que había tenido su padre verdadero le dijo, bromeando, que acababa de llegar al pueblo un tal Spumarola que enseñaba a tocar el violín, si no le gustaría ser como decían las revistas que era ese Paganini o Toscanini o algo así. Lo invitó a almorzar unas pasas de higo, y después de la comida, señalando un catre, le dijo que podía tenderse a dormir la siesta.

Se echó con ganas, dispuesto a dormirse de verdad, pero había demasiados pregones en las calles. No se entendía si

vendían pan casero, tortitas o empanadas, porque los altavoces de los verduleros lo confundían todo,

El viejo se echó en otro catre y al rato le preguntó si dormía,

-Qué voy a dormir, con los gritos de esa gente,

-Es su gente, ¿no?

-Sí, ya lo sé, precisamente por eso no quiero dormirme, prefiero estar un rato con ellos, aunque hagan ruido,

El falso padre le pidió que estuviese atento para un nuevo ruido que no tardaría en aparecer,

-Escuche, por favor; ya está llegando,

Como un goteo apenas perceptible al comienzo, fue aumentando de ritmo y de frecuencia hasta ser un rumor de líquido que corre,

-¡La acequia! -dijo Triclinio, y aspiró el aroma que siempre acompañaba al agua cuando aparecía. Eran olores de albahacas pisoteadas por el hombre que abría las compuertas dando paso al agua de riego. Y aunque estaban allá lejos en la infancia, aparecieron en Villa Violín, atraídas por el fuerte clima evocativo,

-Ahora -dijo el viejo ajustándose la barba postiza y el antifaz de padre, voy a contarle, si usted quiere, la historia de un músico llamado Cherubini o Paganini, que leí en una de esas revistas que mandan de Buenos Aires,

En cuanto oyeron esto, los hijos de los artríticos y las asistentes sociales se sentaron a los pies del narrador para escuchar un hermoso y larguísimo relato,

Cuando llegó a la parte de los amoríos con la hermana de Napoleón dijo Triclinio:

-¿Y Palmira? ¿Dónde está Palmira?

El viejo se negó a responder. Simplemente decir que había sido trasladada a otra villa significaba salir del tiempo donde estaba ubicado, el de la infancia de Triclinio con abejas y violines, para meterse en el tiempo de Palmira, lleno de sobresaltos y tristezas. Así que nada respondió, y el espacio donde hubiera aparecido su respuesta fue ocupado por un rápido movimiento de la mano ajustándose el antifaz que aseguraba su condición de padre sustituto.

Con palabras cuidadosamente elegidas como sonidos, inflexiones de la voz y piruetas de gestos y de manos, adornó la biografía de Paganini todo lo que pudo, y hacia el final la mezcló con la de Triclinio, por lo cual, en un fuerte plano de palabras verdaderas, el músico riojano anduvo por Europa tirando libras esterlinas en los ríos, y el italiano se asomó, espantado, a las casitas de lata de Villa Violín en el lejano Cono Sur.

Acabada la biografía, el viejo, queriendo seguir siendo padre más de lo debido, intentó dar unos consejos sobre la música y la vida. Los niños se levantaron y se fueron; Triclinio empezó a parpadear y cabezear, sintiendo a la vez que nuevamente la cabeza se le llenaba de sonidos, como cuando le hablaba su padre verdadero.

-¿Qué le pasa? ¿Por qué no me escucha? -dijo el viejo quitándose los atuendos de padre.

-Porque se me llena la cabeza de sonidos -dijo Triclinio descubriendo que su falso progenitor era el menos artrítico de los seis, que siguiendo el impulso admonitor iniciado con los consejos, para acabar de una vez con el mismo le dijo sin abandonar la voz de padre;

-Soy uno de los más viejos aquí, el que sobrevivió a más castigos. Mis dedos están casi sanos, y con un poco de práctica en un violín de verdad podría volver a tocar como antes. Pero he jurado que nunca volveré a hacerlo hasta que no se sepa qué harán finalmente con nosotros.

Triclinio, dejándose llevar por los sonidos y todavía en el territorio de la infancia recuperada, le dijo como entre sueños;

-Está bien, está bien. Ya hablaremos de eso. Tenemos todo el tiempo por delante.

El menos artrítico de los seis intentó pedirle que, con sonidos flautados, imitara la quena, que tanto le gustaba; pero viendo que su interlocutor dormía, el viejo volvió a su catre y tendiéndose de espaldas se puso a oír atentamente un *Divertimento* para gatos y bocinas distantes que los dos artríticos nuevos, más el resto de los que sobrevivieron a la tortura, ejecutaban en esos momentos ante una enorme y hermosa luna de utilería.

\*\*\*

## INDICE

|    |   |     |
|----|---|-----|
| 1  | Sobre el arte de fundar ciudades.....                         | 3   |
| 2  | Biografías.....   | 9   |
| 3  | El increíble Spumarola.....                                   | 13  |
| 4  | Borrado de los padres de Triclinio.....                       | 18  |
| 5  | El regreso del padre Francisco.....                           | 23  |
| 6  | Un ta tá, un ta tá ta.....                                    | 29  |
| 7  | La ciudad de los violines.....                                | 33  |
| 8  | Carta al presidente bueno.....                                | 39  |
| 9  | Leporino.....   | 43  |
| 10 | Línea de flotación.....                                       | 50  |
| 11 | Amerika.....  | 54  |
| 12 | Villa Violín y sus vecinos.....                               | 61  |
| 13 | De pompa y circunstancia.....                                 | 67  |
| 14 | Ufa.....  | 75  |
| 15 | Triclinio se codea con la gloria.....                         | 84  |
| 16 | Repiqueteando su taquito en la vereda.....                    | 90  |
| 17 | El Trino del Diablo.....                                      | 96  |
| 18 | Hamelin.....  | 106 |
| 19 | De cómo fue corregido el error inicial de los fundadores..... | 113 |
| 20 | Tierra natal.....   | 119 |



